

Rapsodia de Doc.Mundus

Mario Ortiz Villanueva



Capítulo 1

Rapsodia de Doc.Mundus

Autor: Mario Alberto Ortiz Villanueva (Doc.Mundus).

Dedicado a:

la memoria de mi hermano,

mi padre,

mi madre,

Violetta Beane, la violeta cuyo candoroso aroma permitió el devaneo de escribir;

la aurora de mi eterno Abril.

Prólogo

He de manifestar, confesar, expresar en esta recóndita, seguramente olvidada, ignorada sección, carente de valor, significado, propósito alguno ante el mirar ajeno, mas tan preciada para mi propio ser, aquellas palabras, sentimientos, que nunca tuve la altivez, gallardía, brío de esclavizar en las grafías que componen la disonante, fatua, fútil orquesta de mis escritos; aquello que vio luz y floreció a lo largo de la amedrentadora empresa; aquella flama lasciva que dio vida, abrigo a centenares de querellas, barahúndas, escozores; he de utilizar la presente menester sección a fin propalar profundas apologías, aun sabiendo de por medio el fracaso irrefutable ante la descripción de emociones inefables.

He de ofrecer una disculpa a mis seres queridos por el ausentarme aun en mi presencia; sin embargo, contemplé el arcano, imperceptible, inevitable vacío del ser, quedando mi mirar aprisionado en la abrumadora penumbra de su pupila durante todo una falsa existencia. Mas, considero ello me ha permitido apreciar de manera distinta los finos furoros de la vivencia de efímeros y placidos momentos. He de ofrecerles una disculpa por dejar de ser quien era, o convertirme en aquello que siempre fui. He de ofrecerles una disculpa por mi mohíno, apesarado espíritu que titirita, porfía ante naderías, más aún por no ser lo suficientemente garbo y hacerlo de manera furtiva.

He de ofrecer una disculpa a mi célico, balsámico numen, la aurora de mi eterno Abril, por no resarcir con gratitud la gran inspiración que me ha brindado, colocando la mención honorifica a su verdadero nombre y no por aquel con el cual le bauticé; sin embargo, presente estará la alegoría de su quimérico recuerdo en mis escritos por un largo tiempo. He de ofrecerle una disculpa por intentar llegar a ella directamente, en lugar de zozobrar, perderme como un viandante por el limbo de dédalos desesperanzadores.

He de ofrecerte una disculpa a ti lector, puesto que este escrito de tinieblas no es lo suficientemente bueno para siquiera mendigar por tu tiempo.

Los Otros

Entidades me acechan, acosan de manera continua; me observan, escuchan y hablan de mí, sin importar el lugar y el tiempo. Aunque no soy capaz de ver y escuchar a todos, puedo percatarme con una gran certeza de sus presencias; sé que siempre han estado, están y estarán analizando, juzgando, cuestionando y justificando mis pensamientos, ideas y actos. El interés es la base del deseo, por lo que, puedo inferir que desean algo de mí; sin embargo, esa no es el interrogante causante de mis noches de desvelo, agonía y sufrimiento; lo que me aterroriza y carcome las entrañas segundo a segundo, es el pensar si en realidad soy

capaz de dar lo y de no ser así, en qué será de mí...

Las Cartas de Sir Arthur

"Una de las pocas cosas que están grabadas en piedra, es el pasado".

DocMundus

"El tiempo es el peor enemigo del hombre; puesto que, éste le hace ver sus errores".

DocMundus

26-Nov-1997

Escribo la presente carta no con el fin de justificar mis actos, así como tampoco con la finalidad de buscar, pedir, mendigar por piedad, misericordia de aquellas personas que lean esto.

Escribo esta carta a fin de testamento, como un juramento, un deseo de venganza, venganza de sangre; sangre de aquella persona que me trajo a esta situación, a esta maldita pesadilla. Lo conseguiré, no aquí y no ahora, de qué me serviría, nada en estas circunstancias traerá a mi amada de nuevo a la vida. He de esperar. Tengo la fe de que alguien o algo puede ayudarme a prevenir tal accidente. Sé que todos tenemos una segunda oportunidad para solucionar las cosas, así que tomaré la que por derecho me corresponde.

Detendré a ese maldito enfermo que intentó abusar de mi esposa cuando ella salió de nuestra casa, justo después de que tuviésemos una discusión. Sé que no fui el mejor esposo, pero... ¿qué pareja no discute? Yo solo intentaba protegerla, tomé el arma y disparé, pero ese maldito cobarde la utilizó como escudo.

Juro que solucionaré esto así tenga que hacer un pacto con Lucifer.

26-Nov-1997

Después de 30 años me gustaría decir que todo lo que he hecho ha valido la pena, pero, lamentablemente, resulta ser todo lo contrario.

Después de 30 años pude verla de nuevo, cada vez un poco más de cerca, mientras intentaba cuidarla, al igual que desde aquel primer día en que la vi. Sin embargo, cuando estuve lo suficientemente cerca de ella, angustiada, tratando de evitar que aquello sucediera de nuevo, pude ver a través de sus ojos, ese amor inconmensurable; así como también fui capaz de ver la verdad absoluta, pude ver que ella me protegería de todo, inclusive de mí mismo. En cuanto escuche el disparo lo comprendí todo y no tuve otra opción más que salir corriendo, deseando escapar de esta pesadilla que me ha estado atormentando a lo largo de 30 años, y muy seguramente, continuará haciéndolo hasta el fin de mi existencia.

Tras comprender que por más que corriera no tendría escapatoria alguna, escribí esta carta, con el deseo de que alguien más comprenda lo que yo no pude ver en primera instancia:

“No hagas de tu futuro un tormentoso pasado”.

¿Quién soy yo?

Cansado, aterrado, asqueado por todas aquellas situaciones que me rodean, busco en esta simple hoja de papel, poder encontrar lo que no he podido tener desde hace mucho tiempo. Busco con gran interés y desesperación una calidez y calma que ni mis más profundos sueños son capaces de brindarme. Busco poder encontrar un alivio, un desahogo, un despojo de toda aquella enfermedad que en mi interior reside; busco de manera humillante escapar de la realidad de los demás y solamente vagar de manera tranquila dentro de la mía. Busco poder perderme en mi gran y profunda oscuridad, deseando realmente poder descansar y olvidar mis grandes temores. Sin embargo, aún estando bajo la tranquilidad que me proporciona cada letra de cada palabra de este escrito, sigo siendo esclavo, marioneta, juguete de ellos.

Sé, que por más que lo desee, jamás podré llegar a acurrucarme eternamente en los pensamientos de mis palabras, así como en la realidad que éstas producen de una manera especial y perfecta para mí. Sé, que por más egoísta que sea o quisiera ser, estoy condenado a realizar un rol, una personificación, un trabajo que es de mi total desagrado. Estoy destinado a ser esa pequeña balanza que por más absurdas que parezcan sus dimensiones, los elementos que compara reflejan la gran responsabilidad que tiene. Estoy condenado a ser esa pequeña balanza encargada de comparar dos vertientes, dos ideologías, dos personas; sin embargo, ¿quién soy yo para juzgar?...

A través de la ventana

A través de la ventana puedo de ver a una persona, así como también puedo percatarme que no es capaz de sentir mi presencia. Puedo apreciarla con una gran serenidad y meticulosidad, mientras ella se encuentra leyendo de una manera casi hipnótica su libro, como si fuera esclavo de su escrito y como si este último rezara una melodía capaz de tranquilizarla.

El tiempo avanza, el libro mantiene su sinfonía, y la persona, como si de una bestia se tratase, la disfruta hasta el lecho de sus sueños. Sin embargo, la única bestia aquí soy yo, y para ese momento será muy tarde. Dejaré por solo un momento más, que la persona pueda disfrutar de palabras ajenas, ya que no será capaz de producir propias.

La sinfonía está a punto de llegar a su final así como la existencia de la persona. Las últimas partituras son tocadas; parece no disfrutarlas, sabe que el tiempo del final ha llegado.

En medio del silencio, producido por las últimas y lejanas notas, puedo sentir que la persona se ha percatado de mi presencia; puedo sentir, presenciar su miedo producido por la soledad y la carencia de sonidos agradables; puedo sentirlo a tal grado como si fuese el autor del escrito y de ser así mi deber es tocar la última estrofa y terminar el último acto de mi obra "A través de la ventana"; y el presente es el libreto, en donde el reparto se compone de únicamente dos actores: el principal, yo; y el secundario, la persona que lea esto...

A través de las letras viajan las bestias

Escribo esto bajo una enorme presión en todos los ámbitos y sentidos posibles. He escuchado y leído, a lo largo de mi vida, que el escribir bajo estas circunstancias se asemeja al gritar de forma ensordecedora dentro de un oscuro y profundo vacío, en donde el único ser capaz de escuchar los lamentos es uno mismo. Pese a ello, me rijo a mí, así como también a mi escrito, bajo la remota esperanza de que alguien nos escuche.

Mi nombre a estas circunstancias considero no debería representar interés o preocupación alguna para ti; lo que sí debería preocuparte es el hecho de terminar de leer este escrito así como comprender el objetivo por el cual surgió.

Ya que tú alivias mi sufrimiento mientras lees esto, permíteme aconsejarte, diciéndote que no todo en la vida merece el precio por el cual se paga, sobre todo en los escritos; ya que no todos los escritos están hechos para leerse, existen algunos cuyo lugar propio es el olvido. Esto lo aprendí demasiado tarde y espero no pases por lo mismo. El último precio que tuve que pagar por leer un escrito indebido me ha traído a estas instancias, a la locura, a la desesperación y muy seguramente me guiará y acompañará hasta la muerte. Desde aquel maldito día en que tomé y leí una hoja arrugada, abandonada en el suelo, como si alguien se lamentará

y repugnara así mismo por haberla escrito, hasta el momento en que realizo este escrito, una entidad aterradora me atormenta día y noche sin cesar, trayendo a mi mente imágenes terribles. Las cuales no soy capaz de describir, y si lo fuese, muy seguramente provocaría enorme daños a tu persona y me condenarían a muerte, pero, honestamente, ninguna condena se compara a la que actualmente pago, en donde la muerte sería una salida, un alivio, una solución. Sin embargo, a estas circunstancias he logrado conseguir una solución; quizá sea porque han transcurrido muchos años desde aquel día hasta esta última noche y mi mente no es para nada pura a como era aquel día; la bestia que me atormenta, cansada de mí, al ya no ser capaz de satisfacer su sed de sufrimiento ajeno, se presentó ante mí durante un sueño o quizá una pesadilla y me dijo:

“Tengo dos secretos pero solo te diré uno: A través de las letras viajan las bestias.”

Si bien la bestia no me dijo el otro secreto, siento que de alguna manera puedo intuirlo y dado que me has liberado de mi sufrimiento, me considero obligado a compartírtelo:

“Las personas solo buscamos un beneficio propio y lo logramos por medio de las palabras”.

Así que sería una hipocresía de mi parte decirte a estas alturas que no leas esto...

Santuario de Ilusiones

-Oh santuario de eternas y hermosas ilusiones; por qué te presentas ante mí aquí y ahora; por qué no fuiste capaz de hacerlo en aquellos lejanos ayeres cuando te deseaba con todas las fuerzas de mi ser, por qué te presentas ante mí sabiendo de antemano que mi tiempo está a punto de fulminar ¿Es acaso recinto de mis más profundos y deseados anhelos que te alimentas y disfrutas de mis más fuertes tormentos? ¿Es acaso que mis sufrimientos son las causas de tus alegrías? Sabes tú muy bien, palacio de

mis felicidades, que mi tiempo está por terminar y que a tu lado, por más que lo desee, jamás podré estar. Dado a ello es mejor que te apartes de mi vista y busques a otra víctima, cuyos sueños residan en donde alguna vez estuvieron los míos. Es mejor que te marches y me dejes ser víctima de mis sufrimientos, pues es ahí a donde en realidad pertenezco.

-Me causa tanta alegría así como tristeza el hecho que me hayas guiado a ti nuevamente después de tanto tiempo. Después de todo, bien tú sabes que eres el único que me puedes traer ante tu presencia así como apartarme de ella. Sé muy bien que demasiado tiempo ha pasado desde el último encuentro que tuvimos; así como me he enterado, por medio de aquel que todo dispone, que tus días están por terminar y que un nuevo recinto te corresponderá. Sin embargo, como uno de los eternos lo estipula, no importa cuanto te regalo sino cuánto hagas con él, me pongo nuevamente a tu merced eterno soñador. Sabes tú muy bien que no soy yo quien dispone el que en mí tú residas; puesto que eso le corresponde al poseedor del mañana eterno, aquel que todo lo dispone. De igual manera sabes que no puedo garantizarte felicidad alguna, puesto que ese es uno de los dos senderos por los cuales te puedo guiar, el otro es el cual te tiene por esclavo ahora. Lo único que puedo garantizarte es el acompañarte por el resto de tus días, como lo que soy y a donde pertenezco, una ilusión fruto eterno de los sueños. No soy quien mereces, dado que sabes que el que tú buscas es el que me eclipsa con su eterno resplandor glorioso.

-Es tanta tu hermosura fuente de mis placeres, que aquel por el cual haces acto de inferioridad, no tiene relevancia alguna para mí. Bien sabes tú, santuario de ilusiones, que eres mío, eres eso que nadie me puede despojar, puesto que soy tu creador. Eres tú mi sueño eterno, por el cual alguna vez deseaba vivir y con el que siempre he deseado morir, puesto que solo contigo siempre seré feliz.

La chica del muro

Destinado a pasar alrededor de 15 días en tierras baldías, en donde mi única compañía es la antaño soledad. Destinado a vagar en mis más

profundos pensamientos, los cuales hacen de esto un infierno personal, cuando en ayeres no demasiado remotos... figuraban un paraíso perfecto.

15 largos y tormentosos días, en donde los rayos que emanan del arrogante astro rey no queman y pulverizan mi piel, como lo hacen las amargas y tormentosas memorias, en donde no fui capaz de escuchar y seguir los consejos de aquel que me mantiene, aún después de todos los pronósticos, con vida, con mi torturado y cansado espíritu. 15 largos y tormentosos días; cuyas noches no representan oscuridad y desolación alguna comparadas a los atormentadores pensamientos que ahogan mis excusas; puesto que, después de todo... soy mi propio verdugo.

15 días; los cuales parecieran no tener prisa alguna en pasar, aún y cuando me despojo y pierdo de ellos, al igual que de la vida, al visitar a ese tan viejo amigo que, a pesar de no residir en sus dominios, me recibe con tanta alegría y regocijo y que a causa de ello, y con el devenir del tiempo, lo frecuento más de lo permitido; ya que, después de todo, es en su morada en donde realmente reside mi vida perfecta; ya que éste al ser tan buen anfitrión otorga a sus invitados todo lo que éstos desean. Sin embargo, quizá por el exceso de lo prohibido, no soy capaz de distinguir entre lo que es y no es verdadero. Con frecuencia pierdo el ya tan delgado hilo que guía el sendero de la vida y sirve de frontera a los dos reinos. Con frecuencia me pierdo en mí mismo y hago de aquello que mis ojos me dicen, música con líricas perfectas para mi espíritu. Lamentablemente..., pese a ser capaz de moldear la vida a mi merced, siempre hacen acto de presencia desilusiones y remordimientos, que no son capaces de conocer tiempos ni fronteras; ya que, perduran por lo que pareciera ser la eternidad; así como son capaces de transformarse en aquello que a mí, así como cualquier otro, me destierran de aquella tierra paradisíaca en donde la realidad no tiene importancia alguna.

15 días en lo que aquello que fue, jamás volverá a ser, y aquello que nunca lo fue..., posiblemente sea. Destinado a pagar una condena originada a causa de mis pensamientos y no de mis actos. Destinado a suplicar alivio, a rogar piedad, a morir en vida.

15 días en donde la esperanza de una vida mejor se desvanece, se difumina y con la fuerza del viento, tan solo se convierte en una nube densa más, que conforman la neblina de mis pensamientos confusos. Donde, en realidad, lo confuso es tan solo una justificación por parte de

mi cegado ego, al no aceptar la notable cobardía que en mí reside como fruto de mi inseguridad.

15 días en donde las conversaciones entre la soledad y yo, solo representan atroces melodías para mi ser. Melodías en cuyas partituras albergan de forma tan intranquila, desesperante, las notas más agudas que penetran en mi espíritu como espinas de rosas del más ardiente hielo; dejando en pos de sí las peores, más graves heridas, aquellas que únicamente son perceptibles por los ojos que de forma lamentable conocen el sufrimiento. Heridas representadas por quemaduras, en donde el ardor de estas no conocen el remedio de los días y cuyas punzadas de dolor inflaman sin cesar a mi ser, al punto de desbordarse en mí todo sufrimiento; sin embargo, mi salvación disfrazada de una explosión no llega y pareciera nunca llegar. Rosas de hielo, cuyo veneno ha impregnado, corroído, manchado de forma permanente a mi ser. A causa de ello, y con el fin de no expandirlo o manchar lienzos de vida con tintes o matices de dolor, me resguardo en mis propias tinieblas en compañía de mi verdugo, aquel que en realidad me conoce y tiene el despreciable gusto de hacerlo; puesto que en realidad sabe la miseria de ser que soy.

Soy iluso, soñador despreciable, engendrador de pestes, ser inseguro digno portador de miserias, esclavo de tinieblas y pesadillas, prisionero de sueños, puesto que sucumbo ante mis pensamientos. Sin embargo, aún y en la más profunda tiniebla, aún en la más profunda soledad, he visto a la persona que aún por efímero que haya sido el tiempo, ha logrado lo que por años había deseado con tanto ímpetu, con tanta devoción y que, conforme pasaba el tiempo y la oscuridad me seducía hasta tal punto de ahogarme en mares profundos de desolación, en donde los sentidos se pierden, la flama que mantenía vivos aquellos sentimientos se extinguió. He visto aquella persona que tan solo con un pestañeo alivió en mí todo dolor alguno, puesto que al verla dejé de percatarme de mi existencia. He visto, no sé si por causa de mis delirios, fruto de mi tormentoso dolor, o si mis ojos figuraban la realidad, cosa que en mis condiciones representa una nada, puesto que ante los ojos del soñador la verdad y su contraparte son iguales ante la ausencia de actos, a la mujer capaz de aliviar mi espíritu. La vi, la recuerdo muy bien, con sus vestimentas blancas resplandecientes; la vi tan claramente; la vi en un lugar que ante mi alterada y sumamente dañada capacidad cognitiva pareciera ser un lugar familiar. La recuerdo, la vi..., la vi sentada en el tan dañado suelo de las tierras baldías, mientras que a su vez, su espalda se encontraba reposando en los restos de un enorme muro. Se encontraba, en lo que de acuerdo a mis alteradas memorias pueden mostrarme, en las ruinas de lo que antes pareciera haber sido un enorme y hermoso santuario. Sé de ante mano que no es la primera vez que la veo; puesto

que llevo en mi cuerpo grabados lo quizás fueron nuestros encuentros, en forma de dolorosos tatuajes de los cuales, la tinta que los plasmó es mi sangre a fin de jamás olvidarla.

Destinado a pasar 15 días en tierras baldías con la víspera de verla nuevamente. Con la convicción de salir del sufrimiento en donde me encuentro; sin embargo, sé de ante mano que la única salida es el más tormentoso camino; puesto que tendré que vivir nuevamente mis sufrimientos. 15 días en tierras baldías, los cuales podrían convertirse en una eternidad. 15 días en tierras baldías ¿En busca de un sueño o una realidad?, siendo honesto no me importa, después de todo soy un iluso soñador.

10.3.17

5.6.17

¿Por qué escribo?

Si alguien me pregunta el por qué escribo, seguramente sucumbiría ante un profundo y largo silencio. Mismo que sería, muy seguramente, interpretado como la indecisión ante una respuesta, como una inseguridad, producto de una inferioridad, fruto de una pena ante una escasez de sabiduría. Sin embargo, cual otro acto que culmino, al igual que cualquier otra persona lo haría, considero que su esencia nunca resulta ser aquella que la originó sino aquella por la cual es interpretado.

Si alguien me pregunta el por qué escribo, mi silencio no es el fruto de una inseguridad sino de una negación. No escribo por un hecho, por una causa, una consecuencia; no escribo por algo sino para alguien y

por alguien. Escribo para aquel cuyos ojos son oídos dispuesto a escuchar las palabras tiradas al vacío, a la borda, en forma de grafías vociferadas por un desconocido en agonía. Agonía causada por las pesadillas, fruto de las tormentosas y aterradoras torturas de la vida. Agonía causada por el despecho y repudio por lo que en la órbita de mi ser gira de manera continua, incesante y egocéntrica. Agonía causada hasta el día de hoy, por el desagrado de mi ser generado a causa de mi otro. Agonía causada por la tormentosa impotencia del no ser capaz de penetrar en el mundo de las voces y lamentablemente, por más que lo desee y lo intente, tampoco en el mundo de las letras. Escribo para aquel que sepa, desee o mínimo intente interpretar el significado al cual mis palabras desean orientar.

Aquello que nunca respondí

Es ahora cuando aquel olvidado pasado, guardado en el lugar más recóndito de mi memoria, con tanto repudio y a la vez con tanto deseo de perderlo, hace acto de presencia con la firme y tormentosa convicción de saldar facturas. Es ahora cuando aquello que en aquel entonces carecía de importancia alguna, irónicamente, ahora está repleta de ella. Es ahora cuando aquel mañana que nunca llegaba se convierte en un hoy. Es ahora cuando mi yo del presente detesta a mi yo del pasado. Es ahora cuando lo pendiente toca a la puerta y se presenta como algo desolado. Es ahora cuando aquello que era un pendiente se transforma en una tormentosa preocupación. Es ahora cuando el dilema de: "más vale tarde que nunca" y "demasiado tarde", parecieran jugar conmigo. Es ahora quizá el momento de atender o quizá el tiempo de dejar pasar. Es ahora cuando para mi desgracia el tiempo parece volar, y mi decisión no llega. Es ahora, nunca o quizá... lo sea mañana.

La soledad camina libremente

La desolación y la desilusión son capaces en estos días de penetrar en cualquier persona, después de todo, la melancolía no es algo ajeno a la humanidad. Todos, por más amargo, deprimente y... quizá sombrío que suene, todos tenemos algo porqué llorar; todos conservamos esa causa por la cual derramar, aún por más pocas que sean, lágrimas de nuestros ojos. Sin embargo, hoy pareciera el mundo estar triste; hoy se puede respirar la tristeza en el ambiente, como si la neblina que cubre el cielo celosamente, estuviese compuesta de las lágrimas de todas las personas. Mostrándonos de forma arrogante, cual indignos somos de divisar los paraísos de la felicidad, aquellos campos en los cuales el astro rey acoge con un calor tan maternal.

Hoy la neblina de un cúmulo de sentimientos, todos ellos tristes en esencia, se respira e impregna en cualquier persona. Hoy el mundo pareciera estar triste, a punto de llorar; la neblina pareciera entrecochar, coagularse, a punto de sucumbir, dando lugar al peor de los diluvios. Hoy la soledad pareciera deambular libre por el mundo; en compañía de sus mejores amigos, aquellos que a su lado conforman una de las tantas perfectas trinitades. Hoy la soledad camina, paradójicamente alegre, en compañía de sus mejores amigos; vestida con su mejor atuendo, aquel que la hace irradiar de perfecta e irresistible belleza, aquel que la convierte en el centro de todas las miradas terrenales sin importar la situación, sin importar la compañía. Hoy la soledad viste esas prendas con esos matices oscuros capaces de emanar una calidez tan acogedora. Hoy la soledad camina con una hermosa sonrisa pintada en su rostro, misma que pareciera perdurar por la eternidad; vestida de nostalgia, tomada de su mano izquierda por el más impetuoso y cálido frío. Mismo frío que pareciese alimentarse del fuego que emana de los latidos del corazón de las personas hasta el punto de extinguir la más mínima brasa en él. Un frío que se alimenta del instinto, de la vehemencia, de la gallardía, de los sentimientos..., de las emociones. Un frío que mama del seno de su madre llamada vida; un frío que se nutre de su fervor para posteriormente traicionarla, fulminando su existencia con el más ardiente fuego, cuyo primer contacto es el espíritu.

La soledad y el frío juegan y hacen bromas durante su caminata por el sendero de lo que pudiera ser el infinito. La soledad y el frío son complacidos, honrados y felices por su otro mejor amigo que toma la mano derecha de la soledad, la más profunda, misteriosa, pero a la vez reconfortante oscuridad. Aquella oscuridad complemento perfecto de la trinidad, aquella en la que ningún par de ojos puede divisar su entorno; aquella oscuridad en que ningún oído puede percibir ruido alguno; aquella oscuridad en la que ninguna voz puede emanar sonido alguno; aquella oscuridad en la que se pierde todos los sentidos, incluyendo el de la propia existencia.

Hoy la soledad camina libremente, jugueteando, sonriendo, con sus mejores amigos; caminan en el sendero que más les agrada: el de la vida. Hoy las personas no cruzan miradas, no entablan conversaciones, aún por más deseo de los pocos, las palabras no se materializan en sonidos. Hoy los sentimientos parecieran no existir, sino tan solo como alegorías a algo imaginario. Hoy las fronteras entre las personas son más visibles, más resaltantes, más grandes. Hoy la soledad camina en compañía de sus mejores amigos, conformando la tristeza. Sin embargo, aún reside felicidad en mi ser; puesto que sé que la tristeza es solo el umbral, un prólogo a la paz. Sé y espero con ansias a aquel viejecito que se aproxima con pasos lentos a fin de alcanzar a esos tres adolescentes a los cuales ama con tanta devoción. Espero desesperadamente divisarlo con sus prendas resplandecientes. Espero con gran júbilo mi encuentro con él, no por la disculpa que brinda a todo aquel que se encuentra a fin de justificar todo dolor alguno que pudieron causar sus tres amados, lo espero ansiosamente por ese presente a forma de reciprocidad; puesto que sabe que las palabras no son suficiente para compensar tanto sufrimiento. Espero ese regalo que solo él me puede dar y que hace alusión a su nombre. Espero la muerte.

La Vida

Soy tierra fértil en donde las desgracias, desdichas, y cualquier otro elemento relacionado con el odio, tristeza, brota para transformarse en su contraparte. Soy recinto de puertas abiertas para todos aquellos espíritus que lamentan sus existencias; así como de igual manera, éstas se encuentran abiertas para aquellos que con un inmenso frenesí aborrecen, odian, y repugnan a todo aquello que lo rodea, por la premisa forjada o amamantada con sublime devoción a tal punto de engendrarla en una verdad absoluta, que estipula de forma irrefutable, por medio o como excusa de libertad, el apartarse permanentemente de todo aquello que lo reprime. Apartándolo de la felicidad, de esa felicidad deseada, heredada por derecho; apartarse con inmensa distancia, colocando de por medio un enorme abismo cavado por la muerte.

Soy aquello que aparece solo cuando se me es insultada a causa de decir que me conocen cuando, en realidad, tan solo me confunden con una idea vaga, una experiencia cuya existencia surge a partir de un atroz apareamiento en donde las situaciones son abusadas por un criterio o pensamiento corroído o enfermizo.

Soy aquello que los hipócritas dicen conocer, aquello que califican como amarga, malvada, triste e inclusive cruel, cuando de crueldad no tienen conocimiento alguno; puesto que, aquellos que en realidad conocen y sufren de mis tormentos no pueden tener siquiera voz para lamentar o expresar dolor o sufrimiento alguno. Mismos para los cuales su mayor desgracia no soy yo, sino aquellos que los exhiben o divulgan con el falso fin de cambiarme, disfrazando el repugnante sentido de placer concebido por un absurdo sentido de superioridad.

Soy aquello que devuelve la vista a los ciegos que en realidad la desean. Soy aquello que trae grandes fortunas a aquellos con suficiente gallardía para enfrentarme. Soy aquello que es confundido por la perspectiva efímera de los hipócritas, puesto que el miedo a lo eterno, a lo infinito que en realidad soy los aleja.

Soy la realidad, verdad absoluta. Soy la Vida.

La música

En su voz reside mi ser y mi existencia depende de ella. No soy capaz de figurar un mundo en su ausencia; puesto que desde aquella primera ocasión en que mis oídos fueron dichosos, bendecidos para apreciarla, supe instantáneamente que jamás quisiera dejar de escucharla.

De sus labios emana mi vida; la frecuencia de su voz guía a los latidos de mi corazón, conformando así la danza perfecta de la eternidad.

Poseedora de sabiduría, dado que en ella reside toda idea y pensamiento. Madre de los sentimientos, puesto que solo por medio de ti son engendrados. Hermosa por excelencia, pues sin siquiera conocerte sino con tan solo escucharte me has enamorado.

Voz para la cual mis oídos siempre estarán dispuestos a escuchar, por más tenue o débil que sea su sonido; puesto que tú a diferencia de mí, me conoces a la perfección, ya que pese a cualquiera que sea el momento o la situación, siempre encuentras las palabras que deseo escuchar. Tú que me conoces a la perfección, dado que con tan solo sonidos que emanan de tu voz, eres capaz de alegrar, entristecer, aterrar pero sobre todo liberar a mi corazón.

Tú, mi fuente de inspiración eterna, tú, la más hermosa de todas puesto que tú no imitas a la vida sino por el contrario, tú la engendrás y le das un sentido. Tú, mi amada eterna, te imploro jamás dejes a mis oídos con tu ausencia.

El espejo de Susana

El espejo más hermoso solo pudo haber correspondido a la mujer más hermosa, aquella en la que al igual que en el, se reflejaba el oro más brillante posible, aquella elegancia imponente, abrumadora, que quizá solo las personas que añoran las reliquias son capaces de admirar, respetar y agradecer.

El espejo, aquel espejo al que quizá todos los amantes de Susana, incluyéndome, deseaban convertirse a fin de apreciar la hermosura de su dueña en su máximo y natural esplendor.

El espejo de Susana..., aquel espejo que podía observar todo aquello que un hombre desea. Un espejo frente al cual se rumora que Susana pasaba en sus tiempos libres una larga compañía. Un espejo que Susana decía era el más hermoso del universo, un presente celestial, algo inigualable e irreplicable..., algo divino.

El espejo..., aquel espejo cuya dueña pregonaba de manera casi irrefutable en los momentos en que sus padres querían despojarla de él, a fin de salvar su vida, el hecho de que eran el uno para el otro, que su destino era estar juntos..., y quizá tenía razón. Susana contaba a personas que confiaran en momentos cruciales, en momentos de agonía, sufrimiento, tristeza, dolor y terror, que el espejo era el reflejo perfecto del universo, un reflejo que se mostraba solo ante aquellos que desean

conocer la verdad sin importar las consecuencias.

El espejo, aseguraba Susana, era capaz de reflejar aquello que las personas no podían ver a simple vista. Unos cuantos días antes de su muerte, Susana me dijo –No existe peor ciego que aquél que no desee ver Damián. Sé que me amas, pero nuestro amor nunca podrá llegar a materializarse, no por lo menos en este mundo, me lo ha dicho el espejo, así como me ha dicho que mi deber es morir y el tuyo cuidar del él cuando eso pase. Sé que después de haberte dicho estas palabras intentarás una infinidad de veces poder ver algo a través del espejo, sin embargo, éste no se mostrará ante ti sino hasta el lecho de tu muerte, porque es justo en ese momento en donde las personas somos capaces de ver la realidad. Las personas no estamos hechas para poder percibir la verdad Damián, la verdad nos asusta, nos horroriza, es por ello que nos limitamos a observar solo lo que nos hace felices; sin embargo, creo que eso no está mal Damián, ya que venimos a este mundo a ser felices. Es por ello que la realidad se muestra ante nuestros ojos en el lecho de nuestra muerte, ya que de este modo no nos hará sufrir. Por otro lado, las personas que somos capaces de apreciar la verdad morimos a costa propia o a costa de los demás. Quizá la verdad se nos revela durante la muerte, ya que de no aceptarla estaríamos muertos en vida o esperando e inclusive provocándola. Pocas personas somos capaces de apreciar la verdad sin morir a costa propia; somos asesinados por aquellas personas que le temen y de algún modo u otro, ven en nosotros el reflejo de ella, y de ellos en ella.

Sabes, el espejo me dijo que dos ángeles descenderán en tiempos de agonía, dos ángeles muy diferentes pero igualmente hermosos. Ambos llegarán en épocas de decadencia y salvaran el mundo. Uno de ellos descenderá dos veces. Ambos fueron elegidos por ser iguales a nosotros, las personas. Uno traerá paz, amor y sanación a través de lo que deseamos ver. Por otro lado, el segundo hará lo mismo pero mostrando la verdad. Este segundo sufrirá más, dado que este mundo no está hecho para la verdad Damián. El espejo dice que el segundo podríamos llamarlo nuestro hijo, es por ello que debes cuidar del espejo, ya que él será sus ojos. No te preocupes, sé que harás un excelente trabajo, siempre he confiado en ti. Por cierto, muchas gracias por la carta, es un gesto muy encantador de tu parte; se ve hermosa junto al espejo; pero lo más hermoso es el hecho de que me amas y jamás olvidaste este momento, por el contrario recuerdas cada una de mis palabras.-

El compositor

Escribo sinfonías cuyas melodías solo conocen el silencio; cuyas líricas son el reflejo cristalino de mis pensamientos, en donde la inspiración que las engendra es el sufrimiento, y la satisfacción es tan solo un falso arrepentimiento.

Escribo sinfonías que quizá jamás serán apreciadas, puesto que el silencio es su esencia, y ante el... no todos sabemos escuchar.

Escribo sinfonías con el propósito de un entendimiento, sin embargo, debido a la abstracción de mi arte, solo logro una interpretación.

Escribo sinfonías con significados variados en donde mi audiencia son los sentimientos.

Escribo sinfonías con el intento desesperado de despojarme de la soledad, mas en cada composición se aprecia el cuanto la amo.

Compositor estoy condenado a ser; soy viajero del tiempo y la eternidad la tengo a mi merced. No obstante al igual que mi arte puedo padecer ante la peor de las muertes, aquella en donde las memorias no engendran ardor, en donde el mundo se torna indiferente.

Soy compositor de tinieblas y penumbras, cuya única esperanza que vislumbra es la cura en el silencio, sin embargo, en éste solo encuentro un culposo placer.

Soy el compositor que en sus sinfonías emana su verdadera voz, aquel que busca en el dolor la cura indispensable para su superación.

Isaac el empático

¿Bendecido o maldecido?, esa es la pregunta que retumba dentro de las cabezas de dos jóvenes adultos todas los días desde aquel en que, lamentablemente, perdieron a su único, pequeño y especial hijo cuyo

nombre fue Isaac.

Isaac no solamente era especial para su familia sino también para todas aquellas personas que de alguna forma u otra tuvieron un encuentro con él. Todas las personas que tuvieron el honor de conocer a Isaac coinciden en que era sumamente diferente a cualquier otra persona que hubiesen conocido y, muy seguramente, que conocerán.

Si bien todas las personas, o la mayoría, contamos con cierto grado de empatía, Isaac era la empatía a su máximo esplendor, era su ser antromorfo, y esto se empezó a notar progresivamente cuando recién cumplió los 4 años; cuando comenzó a formarse o convertirse en un ser consiente y de ello se percataron sus padres.

Los padres, junto con Isaac, acostumbraban a pasear en familia con el fin de disfrutarse los unos a los otros lo mayormente posible; sin embargo, poco a poco tales paseos dejaron de ser un gozo y se convirtieron o transformaron en preocupaciones. Esto debido a que al parecer Isaac comenzaba a no disfrutarlos y de forma consecuente sus padres. Durante las largas caminatas, la familia como cualquier otra, concurrían o se encontraban con una infinidad de personas diferentes, en su mayoría desconocidas, mismas que se encontraban inmersas en una infinidad de diversas situaciones. Hecho que para cualquiera de nosotros sería algo común, sin embargo para Isaac no era así. Esto no solamente por el hecho que estaba interactuando con su entorno de una manera consciente sino principalmente porque a Isaac solamente le llamaban la atención aquellas personas que pasaban por situaciones difíciles, ya sea pobreza, enfermedades, soledad, es decir, depresión. Isaac durante un largo tiempo solo se limitaba a mirar a dichas personas con un cierto grado de temor, un temor a lo desconocido, temor a esas horrendas emociones, sentimientos, pensamientos tan crueles, crudos y tristes que ningún niño pudiera o debiera experimentar; sin embargo, para desgracia de Isaac por medio de su don, de la empatía, podía experimentarlos con tanta viveza con tan solo una mirada.

Quizá por la desesperación bajo la cual se encontraba Isaac al estar en estas situaciones, un día, durante un paseo común, soltó tanto la mano de su madre así como la de su padre, se detuvo y señaló a una persona discapacitada mendigando y posteriormente pronunció la palabra: "ayuda". Los padres miraron a Isaac y de forma consecuente y veloz, a la

persona que señalaba. Se quedaron anonadados por un ligero lapso de tiempo, debido a lo que quizá pudiera definirse como una triste felicidad por aquello que el corazón de su hijo había expresado. Rápidamente, justo después de aquel breve shock, los padres sacaron unas cuantas monedas, se las dieron a Isaac y lo acompañaron hasta llegar a la persona, esto con el fin de que se las diera. Llegaron. Isaac dio las monedas y por solo un breve momento, pudo sentir que la tristeza había desaparecido aunque no del todo, dado que percibió una felicidad triste; misma que se esfumó de una manera rápida, al igual que la mirada de Isaac hacia la persona mientras él junto con familia se retiraban. Durante ese minucioso lapso de tiempo, Isaac sintió como la felicidad se esfumaba y como la tristeza retornaba de una manera más fuerte mediante la compañía del coraje y el odio.

Aquella acción realizada por Isaac se repitió con mayor frecuencia durante aquel y próximos paseos; esto a tal grado que sus padres se vieron ante la necesidad de tener una charla con él respecto a que, lamentablemente, dado a la situación o posición económica bajo la cual se encontraban, no les resultaba posible ayudar de manera concurrente a las personas. Sin embargo, eso no pareció representar importancia alguna para Isaac; dado que continuaba comportándose de la misma manera, lo cual provocó que sus padres tomaran, con tristeza, la decisión de suspender los paseos.

El tiempo pasó. Isaac poco a poco perdía aquel comportamiento; sin embargo, la causa de ello fue el aislamiento bajo el cual lo mantenían sus padres. Isaac se encontraba la mayor parte del tiempo en su casa haciendo actividades comunes para un niño de su edad: coloreaba, jugaba con sus juguetes, etc. Isaac solamente salía de su casa en fechas especiales, es decir, en eventos familiares y en tales ocasiones retomaba su viejo comportamiento; ya sea con personas desconocidas a las cuales se topaba durante el camino o bien con miembros de su familia mediante lo que llamaríamos actos imprudentes, es decir, decir una verdad absoluta por más cruel y triste que esta sea.

La empatía crecía en Isaac a pasos agigantados y quizá el acto cumbre fue el hecho que tuvo lugar un día por la mañana cerca de las 9:00 am. Isaac recién se había despertado y como de costumbre se dirigió hacia el televisor con el fin de ver sus dibujos animados en el único canal que le permitían sintonizar. Isaac encendió el televisor y rápidamente pulsó los botones para sintonizar su canal. Tomó asiento en su pequeña silla y se dispuso a ver sus dibujos animados, así como dispuesto estaba a esperar bajo una ligera esperanza, el que su mamá llegaría y le ofreciera algo para desayunar, como de costumbre. Sin embargo, Isaac sabía que eso tardaría en suceder, dado que se percató durante la madrugada, por medio de lo quizá podrían definirse como susurros, el que sus padres habían discutido. No obstante, Isaac sabía que no debería verse afectado por tal situación; sabía que sus padres discutían por él, así como también sabía que su sufrimiento era el sufrimiento de sus padres, por lo cual, debía mantenerse ajeno a la situación. Repentinamente, mientras Isaac se encontraba viendo sus dibujos animados, la señal del canal se vio interrumpida por un corte informativo respecto a una trágica situación surgida a partir de un atentado. Durante esos breves 30 segundos, la empatía de Isaac floreció a su máximo esplendor. Isaac anonadado por lo que su televisor le mostraba y abrumado por toda esa oleada de sentimientos y emociones que llegaban a él por medio de ese lugar, por ese punto de enfoque y puente de emociones y sentimientos de miles de personas, todo ese temor y dolor tanto físico como psicológico llegó a Isaac. Tan solo hicieron falta 30 segundos.

Los forenses señalaron como causa de muerte un derrame cerebral.

Isaac pudo haber sido el ser humano más feliz del mundo que pudiera haber existido; sin embargo, para su mala fortuna, vivió en una época en donde el dolor, la tristeza y el odio predominan.

Mis delirios sobre la decadencia del hombre

Introducción

Utilizaré esta sección no con el objetivo de justificar toda culpabilidad en mí, sino por el contrario, dejaré por en claro mis debilidades, mismas por las cuales es engendrado o desarrollado el presente escrito.

El presente escrito no puede tomarse como una verdad absoluta respecto al hombre moderno, a los problemas que sufre, así como de igual manera, a la o las raíces que los originaron; dado que todo el contenido expuesto en él no es más que fruto de mi perspectiva, es decir, mi punto de vista, inspirado, instruido, iluminado o nutrido por diversos autores. Tal hecho es la causa por la cual opté por titular al escrito de tal forma, puesto que siempre he considerado que en los delirios de alguna u otra forma reside la verdad o al menos algo muy cercano a ella.

Con respecto a mi prosa, o a la forma mediante la cual plasmé mi mensaje, considero que absolutamente se pudiese entender o mejor dicho mal interpretar el que me considero ajeno a todo lo que compete al hombre moderno, o incluso, quizá, el que me considero superior a él. Sin embargo, aquellas personas que podría considerar me conocen bien, inclusive a tal grado de considerarse a la perfección, me servirán de amparo para confesar el hecho de que sufro de un complejo de inferioridad; a causa de ello sucumbo ante el poder de mi prosa; puesto que, considero por medio de ella puedo encontrar la forma de hacer frente

a ello. Dado a ello, se puede decir que mi prosa es mi otro yo, uno alter ego al cual he bautizado como "Doc. Mundus", mismo que no es más que una autocrítica, una autorreflexión y una autosuperación. A causa o por medio de lo anterior, considero puede ser irrefutable el hecho que no soy ajeno ni superior a lo que actualmente sucede, ya que después de todo... soy un hombre moderno.

El inicio y posible fin

"Las Naciones Unidas ha proclamado
extensas listas de derechos humanos,
pero la inmensa mayoría de la humanidad
no tiene más que el derecho
de ver, oír y callar.

¿Qué tal si empezamos a ejercer el jamás proclamado
derecho de soñar?

¿Qué tal si deliramos por un ratito?"

Eduardo Galeano

Resulta evidente e inclusive irrefutable ante mi espíritu, mismo que ante muchos otros recibe el nombre de razonamiento, el hecho que los problemas que acongojan o sufre la sociedad, los cuales podrían ser considerados como actos atroces y degradantes y quizá para muchos otros, no son más que desgracias de las cuales el hombre fue, es y será esclavo o mártir por la eternidad, son el fruto dañino y proliferante, producidos cada día de forma más acelerada o acentuada, de las repercusiones de aquellos actos que culmina, materializa o lleva a cabo el hombre; después de todo, él es el único e indudable acreedor de las consecuencias de sus actos que justifican o amparan su criterio al momento de culminarse. Sin embargo, dado a ello, es perceptible a simple vista el hecho verosímil ante mi posible enfermedad, que no existe víctima involuntaria; después de todo, siempre existe una salida por más simple,

compleja, cobarde o valiente que ésta sea. Es así como la víctima se convierte en victimario; es así como el mártir se vuelve verdugo; es así como el profeta se transforma en profanador, puesto que sus palabras aluden a algo que sus actos no parecieran conocer; es así como el hombre se convierte en el herrero que pareciera forjar con gran prisa la cadena que lo condenará a lo que posiblemente sería, siguiendo así, la fulminación de su existencia.

Dado a lo anterior, es claro percatarse de que los sufrimientos del hoy, no son más que los garrafales errores del pasado, un pasado no tan remoto y a su vez no tan recóndito; un pasado que quizá ante la ironía o los juegos perturbadores de la vida, misma vida que unos pocos parecieran conocer, otros pocos anhelar, y el resto, la mayoría, pareciera ignorar, no conocerla o prefiere extinguirla, fue borrado. Son los errores del pasado que atormentan al hombre, puesto que del pasado pareciera desentenderse o ignorar a causa de la cruel ceguera ocasionada por aquel maligno sueño guajiro de alcanzar las tierras paradisíacas dotadas de benevolencia divina, propiedad del egocéntrico y arrogante futuro; puesto que para infortunio o desgracia del hombre, ha olvidado por completo que tal futuro no tiene mérito, importancia o esencia alguna sin aquellos de los que va en pos, y sin los cuales no existiría. A causa de ello, es deducible el que tales tierras son tan solo un espejismo de esperanza e ilusión, de los cuales el hombre pareciera venerar con suma devoción en lugar de odiarlas, repugnarlas, acabar con ellas dejándolas enterradas en el olvido, guardarlas permanentemente en un lugar sin salida alguna, al igual que aquellos hombres que sufren de la peor de las muertes, el olvido, lo hicieron con éstos y demás males. Hombres cuyas voces residen en moradas donde sus puertas no sin ni siquiera reconocidas por sus sucesores; y la mayoría de los pocos que lo hacen, a causa de las razones que los orillan a tal situación, mal interpretan y manipulan la esencia de las palabras a costa de alimentar su interés, de su propio bien, de su propia superación; misma que resulta una barbaridad, un insulto, un delirio maligno, sea comparada con las de sus predecesores.

Hombre moderno, infame por excelencia, portador de egocentrismo y debilidad intrínseca en su ser, hombre precario, indigno de alcanzar grandes cúspides, puesto que, ante tu perspectiva corroída eres un superior con respecto al pasado; sin embargo esos dos diferentes polos de los cuales eres acreedor y del contrario del cual parecieras inclinarte a impregnar, de ese polo del cual tanto aborreces y juras por medio de tus actos no llegar a ser, y sufres a causa de ello, te orilla ante ésta misma situación bajo la cual ahora y durante largos años has sido acreedor. Eres, sin lugar a dudas, por causa de tu deteriorado, enfermizo y mal forjado criterio, un digno merecedor de la decadencia de tu ser; puesto que aún

hoy día, ahogado en los lagos desbordados por mis delirios mentales, te considero una deshonra de tus antepasados. Es a causa de ese egocentrismo amargo, cruel y cegador, mismo por el cual haces alarde de esa superioridad; la cual es una de las más indignas que has poseído, puesto que el dejar engallarse por la esperanza de un futuro mejor sin siquiera tener en mente construirlo, por el contrario, dejas en pos de tus actos tierra infértil para su florecimiento; es a causa de tu egocentrismo la razón de tu decadencia; puesto que indignas y deshonras a esas voces dotadas de experiencia y sabiduría, al igual que aquellas pocas voces de tus semejantes, que tan solo con el objetivo del bien común, intentan incesablemente despojar de ti, aliviar en tu ser esa enfermiza ceguera a fin de demostrarte las consecuencias de tus decadentes actos, las deshonras al ignorarlas. Sin embargo, nuevamente a causa de tu desalineado y vergonzoso criterio, sucumbes ante otro de los males que no es más que un derivado o semejante al anterior y del que si no adoras, parecieras odiar; mas, la única diferencia entre ambos, es solo la ausencia o la suma presencia de poder. Indignas, menosprecias y humillas a tu ser, dejando el poder que por derecho te corresponde, provocando así un desequilibrio. Te empeñas en humillarte ante sus semejantes, sabiendo de por medio que la única diferencia entre ambos es la cantidad de conocimientos, misma que es la consecuencia de un largo periodo de desempeño y esfuerzo aunado a un cúmulo de experiencias; no obstante, pese a ello, no se refleja en ti empeño alguno por hacer menor la diferencia entre ambos. Es por lo tanto, el egocentrismo impregnado en ti, en forma o vestido de un sentido de debilidad, de inferioridad, el causante de tu decadencia; ya que, después todo, aún siendo capaz de percibir las gravedades de las circunstancias, te empeñas en no solo ser un espectador más, sino lamentablemente, no por impotencia sino por deseo o voluntad propia, te transformas o eres un actor que impulsa o da rienda a la proliferación de éstas o demás, peores situaciones; permitiendo que aquellos acreedores de poder y dueños o causantes de tales situaciones sigan poseyendo las riendas, los hilos de los cuales tienden no solamente sus vidas sino también las de sus semejantes.

Tú, poseedor digno de desdichas y sufrimientos, que vociferas con suma vehemencia el hecho aborrecible que ante tus ojos pareciera ser una verdad evidente e indudable, de que tú eres diferente ante aquellos para los cuales la preponderancia es el pan de cada día; sin embargo, como una desgracia, la cual ante mi quizá deteriorada y enfermiza vista, ésta es la más desdichada de todas las que poses; ya que considero no existe diferencia alguna entre el preponderante y el débil. No obstante, para mí, tú eres el más repugnante de ambos, pues es en ti en donde recae la mayor parte de la responsabilidad; tú que sufres las peores de las consecuencias de los actos de los demás; tú que parecieras empeñarte en ser un mártir a fin de poder lograr la santidad, sin saber lo denigrante que es; tú que sufres ante la ausencia del dolor; tú en cuyo ser reside el peor

de los egocentrismos, de las prepotencias, de los egoísmos, puesto que tú te resignas a no escuchar las voces donde la sabiduría reside, sin siquiera tener, por lo menos, por más minucioso que sea, interés alguno. Tú, que te hundes en los profundos lagos de la soledad y el dolor, engendrado a partir de las lágrimas de sufrimientos que brotan de los ojos cansados de tanto tormento de tus semejantes. Tú, hipócrita que aún después de escuchar los gritos de agonía de tus semejantes, te empeñas en ensordecerte bajo el absurdo pensamiento: "No es asunto mío"; tú empeñado en actuar bajo indiferencias absurdas, bajo la primicia que nada te afectará. Tú hipócrita por excelencia que profetizas soluciones y dolor cuando tus actos profanan tus palabras. Es en ti donde reside la peor de las miserables esencias del ser, pues a diferencia del prepotente o egocéntrico, tú no vives por interés propio; tú vives por el interés de él aún sabiendo que éste te daña.

Tú, hombre moderno que ante los ojos de cualquier otro podrías ser una víctima; puesto que ante lo que he pregonado, se pudiese mal interpretar la prosa mediante la cual intento encarecidamente mostrarte, aunque sea de una forma tan tormentosa o atroz para ti, el hecho de tu evidente decadencia, el que eres un error actual del pasado. Sin embargo, no busques justificar, denigrar aún más tu esencia, al buscar tan cobardemente culpables; puesto que parecieras haberte olvidado que el hombre sabio, y por consecuencia supremo, no busca culpas ajenas a fin de absolverse o exonerarse de toda culpabilidad en él, sino por el contrario, se hace responsable de la culpabilidad de sus actos así como la de todos aquellos que lo involucren, a fin de lograr el mejor de los resultados de éstas, los cuales son las lecciones. Tales lecciones que permiten la superioridad, puesto que enseñan e instruyen al hombre, perfeccionando su criterio, y de forma consecuente, esfumando toda posibilidad de denigrar su ser; puesto que, el hombre no puede ser ajeno a errores; sin embargo, el sucumbir en más de una ocasión al mismo es solo signo de torpes. Para desgracia tuya, hombre moderno, el termino lección pareciera no tener significado alguno, ya que repites exhaustivamente los errores que ya has cometido. Tú, hombre moderno, torpe por excelencia, carente de criterio o mejor dicho, con criterio corroído, merecedor de desgracias, puesto que te dejas engañar de manera tan repugnante por aquellos que te rodean; tú que te dejas persuadir de manera tan descarada por aquellos que te juran solemne y encarecidamente amor eterno, cuando ni siquiera tratan de brindarte lo mejor de ellos y vierten en tu ser, como si de un basurero se tratase, cantidad de deshechos a fin de saciar un ego, regidos bajo la absurda premisa de una autosatisfacción por el haber ofrecido lo mejor de ellos. Tú, hombre ignorante que fue forjado en ti modales en lugar valores, siendo esto una total hipocresía; puesto que los modales son tan solo los frutos o los actos llevados a cabo, por medio, o gracias a los valores; sin embargo, resultas más ignorante al momento de nutrirlos y sembrarlos en

tus descendientes. Hombre infame que te dejas engañar y a la vez denigrar por aquellos que ante tus objetivos hacen obras satíricas. Hombre ingenuo que te dejas llevar por ese pensamiento forjado en ti a forma de credo, que reza de forma tan aberrante la falacia que la superioridad es hacer notar en los demás su inferioridad; justificando así el trato denigrante que tienes para con tus semejantes al momento de realizar tus actos. Tú, hombre carente de todo respeto alguno, ya que no presentas existencia de éste para con tus semejantes así como, de igual manera, no muestras siquiera respeto alguno para con ti mismo. Hombre que no respetas a aquello que por simple naturaleza va en contra tuya, aún sabiendo que el respeto es uno de los más fuertes pilares del mejor de los criterios; ya que por medio o a través de él, se hace perceptible lo que ante simple vista no lo es, es decir, el respeto amplía tu vista dejándote ver más allá de lo evidente, permitiéndote ver el trasfondo de las personas y como acuñan y ejercen aquel poder que por derecho les es engendrado.

Hombre que del poder no tiene significado alguno, puesto que el respeto amamanta al poder y este último a la superioridad. Hombre que no respeta a sus virtudes ni pasiones, es hombre que no tiene derecho a la vida; puesto que ésta última lo tiene a merced provocando que la vida haga al hombre en lugar de que el hombre haga su vida. Hombre impotente y decadente, ya que sucumbes ante el poder de la vida, dejándote llevar por la corriente desbocada por lo que creado está, regido bajo la absurda premisa de sobrevivir sabiendo lo denigrante que esto es. Hombre experto en decadencias, puesto que tras el día a día denigras más tu espíritu. Hombre impuro, puesto que tu plato del día a día es la soberbia o el egoísmo; satisfaces tus necesidades a la vez que te humillas, comiendo de aquello que no sabes, sin saber que provocarás un mal mayor al concebir en aquellos que instruiste una mayor hambruna. Hombre infame e ignorante que te engañas al creer respirar aires de altura o grandeza, cuando sabes que éstos apestan por la gran podredumbre que te entierra en las profundidades de tus miserias. Hombre cobarde que vive de la miseria, te percatas de las grandes cumbres que puedes alcanzar; sin embargo, por el temor que te abruma al saber lo que ello conlleva prefieres no emprender la marcha sino pierdes todo deseo alguno por saciar tu sed de poder, y te conformas bajo la absurda idea del ser realista, sabiendo que la realidad es construida por el hombre. Hombre hipócrita que juras encarecidamente dolor y tristeza por las agonías y sufrimientos que actualmente afrontas; sin embargo, por el esfuerzo que conlleva el éxito, te doblegas y sucumbes ante la pereza; misma que no es más que un disfraz, un derivado o un igual de falta de autoestima, falta de valía. Hombre repugnante que denigras a tu esencia al odiar y desear el peor de los males a aquellos superiores a ti, aquellos que poseen lo que tú más deseas; sin embargo, olvidas que el desear no es conseguir. Hombre que merece ser menospreciado puesto que idolatras

devotamente a otros cuando lo más honrado que debes ofrecer es una admiración, misma que no es más que el mayor de los respetos.

Hombre moderno has perdido todo lo que te había sido heredado, a causa de ello sucumbes ante el poder de tus invenciones, sabiendo de por medio que estás nacen para ti y no tú para ellas. Eres ahora esclavo de la moneda. Dejas que tu trabajo sea estimado en ella, cuando el trabajo debe de hacer a la moneda. Denigras tu esencia al infravalorar tus virtudes cuando a lo máximo, éstas solo cosechan lo suficiente para satisfacer aquella cobardía que tu llamas: el vivir al día. Abandonas aquellas virtudes que en tu interior gritan, exhaustivamente, el querer desarrollarse en ti y materializarse en la realidad a fin de proliferar esos frutos que te darán para vivir; los abandonas al desinteresarte por ellas, por medio de diversas excusas, siendo tu preferida el famoso falta de tiempo, tremenda barbaridad de falacia; se te ha olvidado, hombre moderno, que el tiempo es una percepción engendrada por tus predecesores y que ha sido heredada por ti; sin embargo, cualesquiera que sean las excusas que te empeñas en alimentar, debes de tener en cuenta que todas ellas te llevan al mismo sendero, tu decadencia. Por otro lado, hombre moderno, egocéntrico, portador del poder del ahora, se respetuoso con tus semejantes que intentan o han logrado la superioridad de sus virtudes; respétalos y a la vez honrales al pagar de manera merecedora por sus esfuerzos, por la calidad del fruto de sus virtudes; no te ahogues en tu egoísmo y veas por tu interés al aprovecharte de la situación, puesto que tú posiblemente hayas pasado por la misma situación que ellos, al menos que, de forma lamentable, te haya sido heredado tal poder; caso denigrante, ya que todo hombre debe forjar su futuro y no ser heredado; si tal fue tu caso, debes administrarlo bien, puesto que el mundo del hoy no será igual al de mañana, por lo tanto, no te aproveches de la situación al pagar de manera empobrecida o no pagar a aquellos que intentan superiorizar sus virtudes o a aquellos, dado a tus atroces actos, que ni siquiera lo intentan. No te denigres al sentirte superior a tus semejantes haciéndoles notar su inferioridad, puesto que esta es la peor de todas las miserias o bajezas.

Hombre moderno, no seas cobarde, imprudente e ignorante al sentirte inferior, menospreciado o eclipsado por uno de tus mejores inventos del cual te tiene por esclavo en estos días. Sucumbes ante el poder de la presencia de las máquinas, inferiorizas a tu ser, puesto que te menosprecias al considerar que la máquina hace todo por ti o por aquellos que tienen el poder; de manera consecuente pierdes por completo el hecho de que las máquinas tan solo son una más de las tantas herramientas de trabajo que tienes a tu merced. Pasas por desapercibido la verdad irrefutable que la máquina trabaja para ti y no tú para ella.

Pierdes todo anhelo de desarrollar y engendrar virtudes en ti; sin embargo, debes de tener en cuenta que la máquina tan solo es un portal más a la invención y descubrimiento de nuevos conocimientos que permitirán una superación en ti, debes de tener en cuenta que la máquina es torpe al no contar con un criterio, por ello, existen labores que no puede desempeñar.

Hombre moderno cuyo mundo fue heredado particionado, deja de ser soberbio y respeta lo que antes de ti fue forjado con la justificación del bien común y que a causa de ello debe permanecer en tal estado, a menos que un mejor bien pueda suplantarlo. Hombre moderno cuyos intereses desean fulminar o acentuar más las barreras, ten en cuenta que toda frontera debe ser imaginaria ante tu percepción; sin embargo, considera siempre el hecho de respetar aquellos dominios, dueños de anfitriones que no desean tu presencia, puesto que tarde o temprano se verán forzados a cambiar de opinión, si bien no quizá a causa propia, sí lo será por aquellos que en tal dominio habitan, puesto que necesitaran a los demás. Por otro lado, respeta a los dominios ajenos que aceptan tu presencia, no seas aberrante y egocéntrico al querer, por intereses propios, corromper las leyes le rigen. Hombre moderno ten un criterio digno para administrar un dominio, sé lo bastante objetivo para ofrecer siempre visitas y trata a tus visitantes como te gustaría que te tratarán a ti y a los que en tu dominio habitan; de igual manera se objetivo al delimitar un trato de visita, puesto que en ocasiones es necesario saber el cuándo cerrar tus puertas a aquellos que profanan tus dominios, así como de igual manera aprende a no guardar rencores y ábreles tus puertas cuando consideres se han enmendado.

Hombre moderno no te dejes llevar por tus sentimientos y emociones; no trates de defender a otros con tanto ímpetu, sé objetivo y desarrolla muy bien tu criterio; dado que, de acuerdo a este debes actuar, recuerda que la ayuda es un pacto de dos y ante una confrontación alguien siempre sale perjudicado, sé lo bastante objetivo para seleccionar como perjudicado al que más culpabilidad tiene.

Hombre moderno, amante de guerras y que encarecidamente deseas mostrar al mundo tu supuesta superioridad, redefine tu concepto de guerra, puesto que, las llevas a cabo por cuestiones infames como el demostrar quién posee más poder así como por un interés propio, en ambas poniendo de por medio a tu orgullo; debes de tener en cuenta que la guerra es la medida de acción más crítica, puesto que por medio del respeto ya no es posible llegar a solución alguna, sin embargo toma como

criterio un bien común global.

Hombre moderno, no menosprecies las palabras que un hombre enfermo te brinda, no dejes que el aire sea su único escucha o que la morada en donde su mensaje reside de forma permanente sea olvidada, ten en cuenta que en pos de un enfermo siempre viene una lección, después de todo, el enfermo de sufrimientos experto es, y su único objetivo es la sanación, ya sea para él o para los demás, a causa de fulminar con la posible existencia de sufrimiento alguno.

Hombre moderno, aprende de tus pasados, escucha a tu presente y mejora tu futuro. Forja en ti, aún por más tarde que consideres que sea, un criterio digno de admiración, ese criterio que en ti no fue cultivado y por lo cual ahora sufres. Aparta de ti ese egocentrismo vestido de prepotencia o debilidad que te fue sembrado y que con tanta devoción hoy cosechas. Deja en pos de ti lecciones para tus sucesores, sin embargo, sabes lo que esto significa, corrige progresivamente tus errores a fin de que estos no renazcan de sus cenizas.

Ética

La ética... se figura ante mi perspectiva alterada, influenciada, corroída por diversos autores, en donde sus pensamientos se disuelven con los míos, haciendo de ello una mezcla perfecta, inseparable, en donde lo percudido convierte al ser en pulcro, en donde el mundo adquiere matices oscuros, mas lo hace vislumbrante y esclarecedor, como una abstracción más que se bifurca en el mundo, por medio de un concepto, un vocablo, una palabra tratando de guardar la esencia de su complejidad, mas como en cualquier otro caso, el fracaso hace acto de presencia, después de todo... la abstracción no permite una comprensión sino tan solo una interpretación. La ética, se presenta ante mí como el péndulo que guía nuestros actos, los hilos que tiran de nuestra voluntad, la lealtad al propio

ser que justifica, ampara, protege, solapa, y continua nutriendo como acto de reciprocidad a aquello que la vio nacer, al criterio propio.

Ese, su amante empedernido, enajenado, enfermizo, debido a que conoce del verdadero amor, aquel criterio propio y ajeno, puesto que, en sus inicios, es heredado y con el marchar del tiempo es transfigurado. El llamado moral que por su esencia candorosa se ve incauta, presa, sumisa en el sufrimiento, por amor al propio ser y desprecio de sus ajenos. La moral que difumina, exonera a su amante de toda culpabilidad que pudiese engendrar su hijo. La moral, aquella que ampara a la ética y consuela al ser, aquella que quizá en discordia abismal, figura ante mí, como sincera y no mentirosa, puesto que, después de todo... es la única que conoce al propio ser.

Remitiéndose así, encontrando el eterno ciclo, en donde lo que nace da vida, la moral forja a la ética, ésta al acto y el acto a la convicción sublimada, mas en ocasiones, tal fenómeno se ve alterado por la inseguridad llamada reflexión. El hombre no reflexiona hasta llegado el momento en que su seguridad lo traiciona. Sabiendo, teniendo de por medio la verdad irrefutable que proclama, reza, la lección lamentable, que solo engendra la culpabilidad, en donde, el futuro pierde su encanto, deja de ser un anhelo sublime esmerado, esperado con desesperación y suma devoción, para convertirse en una agobiante, palpitante angustia con redención próxima añorada, con el temor de ser póstuma. Donde el futuro se transfigura en un pasado no alcanzado, donde el pasado deja de ser un recuerdo lejano, y se convierte en una realidad palpable, revivida. En donde el ser se convierte en un viajero del tiempo, perdiendo todo significado de éste, haciéndolo antagónico, transitando por el sendero de la retrospectiva, trazando con ello el perteneciente al futuro, partiendo siempre de aquel regalo que dadas sus condiciones se torna en un calvario. En donde el ser descende a sus tinieblas para encontrarse a sí mismo, por medio del sendero que marca la introspectiva. En donde el ser emprende un viaje astral por lo longevo y colosal de su universo, un viaje llamado filosofía.

Mas aún ante ello, el ser se sobrepone, encuentra la manera única y fructífera para hacer cara y exterminar a tal adversidad; el ser encuentra lo perdido en el fruto proliferante, adictivo del criterio; el ser encuentra la seguridad llamada ego; el ser... aún después de todo, se pierde en el limbo de sus alterados reflejos, de sus peores temores, de

sus insanos pensamientos, para encontrar los indicios, los yacimientos que lo forjaron, encontrándose así mismo o al menos lo que hicieron e hizo de él.

El ser encuentra su valía, que impulsa, retiene y en ocasiones... obstruye toda empresa, el ser encuentra aquello que considera lo hace único, mas en realidad lo vincula con sus semejantes. Después de todo, el hombre es una esfera más que órbita en un mundo llamado vida, un contenedor de reliquias y desperdicios que transita por un mundo sin fragmentación como repercusión o indicios del marchar del tiempo, un libro más en la biblioteca de la vida cuyas páginas son escritas por la inspiración que se concibe en el, por medio o al leer otros autores, por ese fenómeno apasionado, inspirador, regocijante, mal llamado idolatrar, puesto que, ante lo que a mí matiza, no es ello último un estilo propio, sino tan solo un intento insulso, absurdo de imitación.

En un mundo en donde el avance se figura como un retroceso, puesto que, las repercusiones, la huella de cada paso refleja de manera cristalina, indiscutible para los ajenos, que los perjuicios son palpables, y los beneficios son inconcebibles..., imaginarios. En un mundo en donde la máquina prolifera, haciendo banal la vida, definiendo al ser, y no de manera contraria. En donde las falsas necesidades se consagran importantes, mas, las verdaderas se extinguen, teniendo todo al alcance, mas el todo se convierte en nada, debido al saber que siempre estará allí. En un mundo donde la vida no sacia el deseo, el criterio se desorienta, el ser se sumerge en aguas ajenas en busca de sí mismo.

En un mundo donde la admiración fluye de manera veloz, desenfrenada, por un torrente procreado por la repercusión de la bifurcación de los pensamientos, en eso bautizado por el nombre de vertientes; donde las influencias navegan libre por el torrente de la comunicación, haciendo de los mensajes algo masivo, concurrente, proliferante, no obstante, su sentido llamado lección se transfigura en algo esporádico, en ocasiones, inconcebibles. En un mundo en donde las comunicaciones son abundantes mas de igual manera, insulsas. Ello quizá como repercusión de un trastorno, en donde se pierde la inspiración, la rutina vence por motivo de la necesidad, un trastorno que matiza una lección discordante con respecto a la razón, donde las virtudes son invidentes, donde la labor no define a la paga, si no la paga impera, eclipsando el talento por medio de una necesidad propia, perdiendo sentido de la reciprocidad. Perdiendo en el olvido como muestra de resignación al anhelo, privándolo de su derecho a la realidad, negando su

transcendencia. En donde el esfuerzo no hace el poder, sino el privilegio.

Un mundo en donde el criterio lo transfigura banal, donde el cultivo pierde esmero e importancia ante la notable amenaza de la especialidad. Donde la peste se extiende de manera incesante, por motivo de lo insulso que se torna el conocimiento ante el criterio como reflejo de un egoísmo propio o en ocasiones por una falta de confianza para con los nuevos portadores. Un mundo en donde el conocimiento fluye con poca fuerza, en donde el criterio lo aminora por medio de censura, regida bajo absurdas premisas, mas por desgracia, en la mayoría de las ocasiones es obstruido por su carencia de pragmatismo.

Un mundo en donde el ser cegado por su criterio se consagra supremo ante lo que lo rodea, olvidando que la ignorancia es la esencia de la vida y que la diversidad es la puerta a nuevos universos.

Un mundo no muy diferente a aquel pasado, después de todo... el ser por esencia intrínseca y explicita, es egoísta, prueba de ello, son la ética y la moral. La primera, los principios que amparan sus actos, la segunda, la lealtad engañosa para consigo mismo; sin embargo, solo existe hasta que se le considera favorable, donde la mentira logra la perfección ante uno mismo.

Un mundo donde los problemas son en esencia los mismos, todos regidos bajo el mismo criterio de falta de comprensión; donde los que logran sus metas son aquellos que en realidad se aman, y donde sufren aquellos que no se conocen y se dejan engañar por el yo, el reflejo del espejo ajeno.

Un mundo matizado por pigmentos grises, penumbrosos, oscuros, por un insolente, insensato e indignante alumno que pretende honrar a su amada soledad por medio de palabras abstractas arrojadas a la eternidad. Un joven alumno inculto, ignorante ante la vida, que solo cree encontrarse a si mismo en su escritura. Un alumno que en la vida cotidiana se suprime y tan solo se rige, remite a seguir los mandamientos ordenados, las reglas comandadas, la dictadura llamada norma, aún sabiendo que

algunas de ellas se contraponen, presentan discordia ante su ser, ante su criterio y sus propias normas llamadas valores.

Un alumno que considera a la ética como un líquido vital, de comprensión sublime, necesario para cualquiera, mas no cualquiera puede obtenerlo. No cualquiera es capaz de conversar de manera sincera consigo mismo. Un fruto divino indispensable para comprenderse a sí mismo y de manera consecuente comprender el entorno, o al menos poder concebir una panorámica neblinosa. El néctar venenoso que permite ampliar el criterio, mas considero se condena al ser a no juzgar por motivo de un respeto sublime. Un alumno que ve, consagra, a la ética, a la comprensión que impulsa a sus actos, como la herramienta indispensable y única para lograr la benevolencia, aquello que sin rencor ni remordimiento logra culminarse. Un alumno que sabe que con respecto a la ética no le es posible materializar grafías, puesto que a las personas no conoce, la única voz que escucha es la del silencio, la única compañía que disfruta es la soledad, por medio de su escritura cree conocerse, mas el reflejo de su entorno le muestra un rostro desconocido.

El delirio del hombre

En el delirio del hombre; aquel lugar en donde la única entrada permisible es la traición de la vida, perdiendo la razón, encontrando la locura. Donde la desolada tristeza es la afable compañía al umbral, en donde el sufrimiento... es el verdadero anfitrión. En el santuario del ser, al cual acude, se pierde para tan solo encontrarse así mismo.

En el delirio del hombre, el lugar en donde la nada es un todo, el tiempo es atemporal, el único lugar en donde la vida muere. En donde el cielo se torna más lejano puesto que en él, se matiza el eterno, sombrío, armonioso cosmos; en donde el lienzo más anochecido es concebible; en donde impera la eterna noche. En donde los fulgores son más

resplandecientes; en donde los astros proclaman la verdad, puesto que, la muerte es más longeva que la existencia.

Es en el delirio del hombre, en el edén torturador, en donde residen los extensos, estrepitosos, sublimes lagos de la memoria; el reflejo cristalino del ser, puesto que en él, las corrientes son abrumadoras, los temples son turbios al igual que los pensamientos, transfigurando la dicha en dolor.

En su delirio se encontraba el hombre, despidiéndose de la vida, añorando con devoción el consuelo, sufriendo por ello, sabiendo lo infame y despreciable que es. Postrado, rendido ante el tormento, siendo uno con el suelo, como fruto de la ausencia del fervor llamado voluntad. Perdiendo la pasión, siendo su diluvio fuente del líquido vital, más sus lagrimas eran el torrente de su desgarrador sufrir, protestando, blasfemando; sin embargo, pese a que sus alaridos buscaban la libertad de su ser, y este último lo permitió mientras le fue posible, tan solo como efecto insignificante, repercusión de un anhelo egoísta, emanando de sus labios sus alaridos en vísperas de un augurio mejor, mas la traición de sus palabras le condenaron al mortal silencio.

En su delirio se encontraba el hombre, en donde las lagrimas y las memorias no son diferentes, desembocando un extenso y hostil océano. En medio de la tormenta de sus culpas se encontraba el hombre, agonizando, abrumado, abrazando con suma fuerza el suelo que le otorgaba una roca pequeña ante la eternidad, siendo su consuelo al igual que fuente de odio, puesto que, sabia que no era indigno de piedad. En su frenesí por encontrar pronto la calma fruto póstumo del vendaval, el hombre de manera incesante cincelaba sobre el lienzo de la roca el imponente carmesí de su ser. Ello hasta llegado el momento en que se presentó el estruendo que perturba a la armonía de la eternidad, abriendo con ello las tinieblas, invocando la sabiduría.

En su delirio se encontraba el hombre, cuando en medio de la tormenta se presentó ante él, el flamante zorro. Emanando de su ser, el fulgor más ardiente, la voluntad más sublime, el verdadero amor, la pasión. Se presentó como la flama más resplandeciente ante la penumbra más recóndita, más sombría. Iluminando la eternidad del cosmos, eclipsando y embelleciendo a los recuerdos de los astros y las memorias del ser, extinguendo el temor, eliminando los disturbios, otorgando al

universo su añorada calma. Temple..., solemne se encontraba el zorro, cuando dirigió sus palabras al hombre, emanandolas con voz sublime, penetrante, cuya resonancia acompañaba a la eternidad, una voz que no despedía de su hocico, un mensaje que era inevitable:

¿Es ahora que lo comprendes?... , ¿puedes ver la esclarecedora verdad?... , ¿de qué sirve la vida cuando se ha muerto?, ¿de qué sirve la eternidad cuando se desea olvidar?, ¿de qué sirve el recuerdo y el pensamiento si no se tiene la felicidad que engendra el acto?, ¿de qué sirve sufrir cuando se ha perdido?, ¿de qué sirve el dolor cuando no es apremiado?

Añorabas que fuese eterna, que jamás la olvidaras y que su recuerdo fuese siempre tu compañía. Preferiste la eternidad a la felicidad, ella es eterna para ti pero no tú para ella. La eternidad no es algo que el hombre pueda concebir por si mismo, es solo un sublime respeto llamado amor que proviene de los demás. Por ello apremia a quien tiempo te regala, puesto que la eternidad te brinda, y en el lago de sus memorias resides.

Primer epístola de Mundus: Aurora

Ni siquiera el tiempo es capaz de asegurarme que en su marchar, las palabras que hoy escribo, sean permisibles para tus ojos, guiándolos, haciéndolos danzar los pasos y la pista que la lectura proclama. Mas por el contrario, quizá por aprecio, el tiempo se sincera haciéndome recordar pensamientos pasados, en donde estos no son capaces de materializarse en la realidad; el tiempo a manera de sermón, crudo pero a su vez cariñoso, me presenta como lienzo maltratado, deteriorado, lo inexperimentado que soy ante la empresa, siendo el rotundo fracaso la

única obtenida. No obstante, a manera de réplica encaro, afronto a tal sermón hiriente como un insolente que cree en la esperanza, que todo lo niega, todo lo exonera, todo lo olvida; mas por aun la vida le hará recordar en el pasaje de la culpabilidad haciendo del gozo un sufrimiento y quizá una banalidad. Encaro al tiempo y a la vida, en la eternidad de mis palabras, atormentado ante el olvido. Afronto el trinar en el silencio, aun después de todo necesito confesar que si bien estas palabras están escritas como tributo a tu ser, en realidad, soy un egoísta, siendo ellas mi narcótico; sin embargo, para amar es necesario comenzar por el propio ser.

Como incauto, insolente, insensato, preso voluntario de la placentera ilusión, te he bautizado, como el desolado lo hace con el sueño, el anhelo en realidad. Para mí eres Aurora, puesto que al astro rey has privado de su ardiente fulgor, guardándolo y exhibiéndolo en tu candoroso rostro. A pesar de que la realidad rece lo contrario, para mí eres Aurora, el motivo necesario para imitar a Dios, trazando incontables senderos atemporales, en donde tu pasado y futuro son infinitos. Haciéndote eterna, conservándote de manera intacta en el adictivo recuerdo, al cual en incesables ocasiones invoco con el hiriente añoro de que se consagre en verdad. Eres Aurora, en pos de ti existió la nada que la muerte concibe, engendra. Eres para mí el resplandor que provoca la enfermiza ceguera, ante las reconfortantes, cálidas penumbras que de abrigo me servían en búsqueda de los prados de rosas carmesí de la muerte, en el santuario, el muro que en alguna ocasión fue mi vida. Eres el resplandor esperanzador pero a su vez desgarrador que me acerca a la felicidad, mas de igual manera interpone a la eternidad. Eres Aurora, el cielo y el infierno, la verdad y el sueño, la esperanza y la resignación. Eres el motivo necesario para engendrar discordias con Dios y entablar amistad con Lucifer. Eres Aurora, el matiz que en su ausencia, tan solo se logra de la vida un panorama banal; la razón que torna a la música insulsa, siendo sus líricas insignificantes, impotentes de hacer honor a tu recuerdo, mismo que en pos de el, los fantasmas y el evangelio sucumbieron al silencio augurando solo malos pasajes. Eres la inspiración que sublima y denigra a mi escritura, haciéndola tan propia y decadente al no poder ser reflejo de las emociones que emanan de mi ser. Eres el motivo que alienta a callar en público y hablar en el silencio. Eres Aurora el sufrimiento necesario para amar, mas de igual manera... eres el amor necesario para no hacer sufrir.

Eres Aurora, el fulgor que guía el sendero de cualquier empresa sin importar la naturaleza de los frutos de su culminación. Eres el eterno abril, el sol de invierno, que pese a que la neblina lo oculta de mí, es placenteramente melancólico el saber de su presencia, así como saber que

pronto lo veré de nuevo y si no ha de volver, su recuerdo me es eterno.

Te escribo esto porque pretendo darte lo mejor de mí.

Ella es para mí

La vida trae a mí su adictivo recuerdo, mientras la realidad me aparta de su ser; haciéndome un prisionero llamado amante, un necesitado, un enfermo empedernido, un soñador, un mendigo con hiriente esperanza; deseando, encontrando, los motivos, las excusas placenteras que evoquen su afable presencia a mis ilusiones consagradas, sublimadas en memorias. Trayendo el fruto anhelado a la tierra infértil. Haciéndome un apasionado iluso que con esmero trata de seguir las huellas que marcaron el sendero de su devoción, que ante el resplandor del día se tornan neblinosas, mas ante el fulgor que comparte la candorosa luna se matizan tan vividas, exterminando la distancia, percibiéndola tan cercana, tan próxima... tan real.

La vida trae a mí su dulce recuerdo, puesto que sabe que sin el no es nada; sabiendo que mi amor lo posee ella, resignándose, doblegándose, rindiéndose ante su presencia, percibiendo la realidad, contemplando que es ella mi pasión y voluntad.

Ella es para mí, puedo sentirlo, mas mis palabras son incompetentes para demostrarlo. Ella vino a mí, sin siquiera buscarla, como la melancólica tristeza en el frenesí de la felicidad. Ella es para mí, puedo sentir como sus pasiones arden con el mismo fervor desenfrenado con el que las mías se queman. Ella es para mí, lo sé y duda de ello no

tengo, después de todo ella me condeno a éste infierno llamado paraíso, ella me hizo perder la razón, ella me hizo llorar cuando más dicha poseía a mi ser. Ella es para mí y ni siquiera la duda puede refutarlo; es la sinfonía de mi vida, mi candoroso jilguero, la música perfecta que dota de vida a mi existencia, cuya lírica da sentido a mis emociones, cuya melodía endulza, sublima los momentos, cuyas razones para amarla, sobran, figurándose todas ellas como excusa, puesto que, el único, el verdadero motivo, son los sentimientos que anida y hace florecer en mi ser, siendo esclavo del espectro completo, de manera incesante, en cuestión de segundos, con tan solo apreciar su recuerdo. Ella es para mí; por ella la vida es un sueño, anhelo que desea conquistarse, en donde la perfección de los pensamientos, los escenarios que traza la ilusión y los sentimientos artificiales que engendran no son dignos de ser comparados con los que el momento procrea; sin embargo, cuando este último no se suscita, son tan reconfortantes, siendo la vida lo que se experimenta y no la realidad. Por ella las tinieblas no queman; por ella todo es insulso; por ella el escribir pierde sentido, siendo una culpabilidad por el no poder conversar.

Ella es para mí y desearía yo ser para ella; desearía ser lo suficientemente egoísta, tener la valía necesaria para negar la dicha a los demás. Desearía ser demasiado egoísta, para amar... para amarla como en realidad lo merece.

Réquiem de ilusión

Hacia un largo tiempo, un soberano cuyos ojos en sus más marchitos días recuerdan haber apreciado la vida, mas cuando la primavera volvía a sus memorias tan solo concebía su recuerdo desteñido y arrugado. Cuando la triada era un cuarteto, cuando la vida era tan solo un juego, cuando el solemne era un bufón, cuando la risa ajena simbolizaba un fruto compartido y que sin conciencia se conseguía, cuando todo era tan normal, cuando la diferencia no existía. No obstante, conforme silbaba el viento emanado desde aquel momento en que de los cuatro restaron tres y de los tres ninguno atendía a la vida, mas quizá por la condescendencia que engendra el amor pretendían hacerlo, el soberano, prefería no apreciar la melodía que en tan lejanos ayer invocaba sus alegrías, puesto que en sus últimos días, tan solo atraía espectros de remordimiento y en los más piadosos momentos, la triste melancolía era quien se presentaba, con el afable anhelo de consolarlo.

Cuando el soberano no lo era y nunca pretendió serlo. Cuando la vida le forzó a ello, heredándole el trono, figurándolo como una condena, mas ello le estrecho tan fuertemente con su igual... su verdadero igual, pese a que la eternidad los había distanciado, era esta quien ahora los unía. Apreciando el recuerdo como un libro repleto de simbolismos al cual acudía de manera inconsciente cuando el tormento se suscitaba, sabiendo que encontraría la lección adecuada, no para afrontarlo sino tan solo para comprenderlo; sin embargo, de igual manera sabía que conforme más estridente era el tormento, más valiosa sería la lección y más hiriente el dolor.

Hace tiempo, un soberano en búsqueda de lecciones que justificarán su vida y sirvieran de consuelo para el remordimiento que proclamaba su existencia, decidió perderse en el valle del silencio haciendo proliferar sus pensamientos, engendrando más lecciones con base en las aprendidas. Conforme la melodía que silbaba el viento se extendía a lo largo del tiempo, sin siquiera percatarse, el soberano se había hecho un ermitaño, un amante empedernido de sus tormentos en víspera de encontrar un consuelo más abrigador, se había convertido en un ser cuyas pasiones guardaba celosamente para si mismo. Sin embargo, mientras más el soberano se perdía en sus tormentos, mientras el silencio se hacía más estruendoso, mientras los delirios se hacían más desgarradores, al soberano le costaba un mayor esfuerzo encontrarse a si

mismo.

Hace tiempo, un soberano absorto por el martirio de su existencia, abrigó de manera inconsciente una colosal inseguridad, perdiendo su ego llamado autoestima, donde su delirio mayor proclamaba la insignificancia de su existir, convirtiendo su entorno en algo insulso, donde las lecciones no fueron bien aprendidas. Cierta día el soberano en búsqueda del alivio que su exhausto, atormentado ser imploraba con ensordecedores alaridos silenciosos, tomó la decisión de encontrar nuevas lecciones, mas no de un libro cuyos simbolismos fueran tan profundos, tan difíciles de interpretar, decidió buscar una voz y no un recuerdo, el soberano acudió a uno de los otros dos, que, junto con el, conformaban la triada, aquella que hacia un atemporal tiempo había sido un cuarteto. Conforme el tiempo continuaba interpretando su melodía, el soberano se percató que era cada vez más cercano al otro de la triada, así como de igual manera, se percató que su consuelo ya no emanaba de lecciones aprendidas sino de la confesión de sus tinieblas, mas esto no lo satisfacía del todo, puesto que el mundo aún se tornaba frío, distante, tan irreal, no obstante, no se atrevía a cuestionarselo a su confidente. Sin embargo, ante el delirio, el ser se doblega y la cuestión hizo acto de presencia, trayendo en pos de sí, la lección cuyo dolor aún desgarraba al ser, su confidente le contesto:

"El mundo se torna tan diferente, puesto que, lo que te rodea no te conoce en realidad, sino tan solo les resulta permisible ese reflejo alterado que les has ofrecido. El mundo que te rodea no es el tuyo, ya que no te has presentado ante él como en verdad eres, no has vivido, mas no es tarde para ello, tan solo necesitas seguridad, confianza en ti mismo".

Hace cierto tiempo, el soberano sin siquiera buscarla encontró la seguridad que le era necesaria y sin duda alguna emprendió el sendero de su empresa hacia la conquista de su anhelo. Deseando volver a la vida y reflexionando la lección de su confidente, el soberano se presentó ante su seguridad, ante su deseo, como en realidad era, con el esmero de ofrecerle lo mejor de él, ofreciendo sus más preciadas lecciones, mas la seguridad no le correspondió.

Hace cierto tiempo, un soberano se dio cuenta que en vida había muerto y tan solo escucha la triste y aterradora melodía que silba el aire a través del tiempo, mientras sigue leyendo sus pensamientos, sufriendo

mientras reflexiona respecto a que si en realidad las lecciones justifican el dolor que conllevan.

Tercer epístola de Mundus: Apología de despedida

“Lo intentamos amigo, tú estuviste excelente como siempre, yo... infame como de costumbre”.

Doc.Mundus

“Perdone que me reserve su nombre pero no quiero manchar su pureza con la podredumbre de mi mediocridad”.

Doc.Mundus

A la rubia que robó
mi corazón con descaro,
sin saberlo o siquiera, por
menos, haberlo notado.

Sí, ella, la de mirada
triste, que me ha consolado
aun y cuando sus fulgores
nunca en mí se han fijado.

Ella, la apasionada que
con cinismo va cantando,
con alegría y con fervor
el que Dios equivocó
siempre está, que realmente ella
es lo único añorado,
la única perfección,
ella es el único faro
de esperanza, el único
guiar de voluntad, sin trato
alguno más que alcanzar la
dicha que procrea el soñado
pensamiento que algún día,
la vida del desdichado
con la suya se tejerá.

Con la soledad cortando
lazos de compañía, y al
amanecer encarando.

A ella, la linda y perversa
criatura, que hace cercano
en su presencia al paraíso
y al infierno frecuentado

con su recuerdo. A la diosa
que se ha estado alimentado,
durante las frías noches,
con las lágrimas que han creado,
mis letanías que solo
ante el silencio han gritado.

A la rubia de cabellos
negros que me ha enamorado
al menos dos ocasiones,
la primera: hace un par de años
o más, cuando rubia no era.
A ella, que ahora he renunciado
por segunda ocasión, al
verse mi ser reflejado
en su resplandor, dándome
cuenta de lo desdichado
que soy por mi mediocridad,
que para ella el indicado
no soy. A ella, que durante
albas, luces regaló
a mis tinieblas, haciendo,
sublimando, cada acto.

A la alegre rubia, con la
cual una vida he soñado
y he tenido en los difusos
recuerdos, esos nublados
momentos que brillan por su
calidez, que anestesiado
el dolor dejan, ardiendo
torturando y atormentando.

A ella, dedico mis versos
mediocres, atropellados,
errantes. A ella, dedico
mi mejor mentira, y aunado
mi mejor deseo, puesto que
si digo que he renunciado
habré mentido, ya que al alba
en mi memoria evocado
se encontrará su recuerdo,
y me encontraré deseando,
que por amor muera y sufra,
al igual como yo lo he estado,
pero a diferencia mía,

su sufrir recompensado
sea, solo así podré saber
que ha vivido, y nada en vano
ha sido. A ella, la rubia que
mi corazón con descarro
robó, ofrezco, con deseo
de que mi ser perdonado
sea, la más noble y sincera
de mis disculpas, deseando...
me perdone algún día por
ser,... ser...demasiado humano.

La ciudad perfecta

Cuando la desolación es mi mejor amiga y susurra a mis oídos palabras dulces, compasivas, repletas de melancolía, suelo dejarme llevar por las huellas que en pos de su andar deja, hipnotizado, deambulando sin conciencia, sin esmero, de manera mecánica, sin esperar encontrar cosa alguna, sin siquiera buscarla.

Mientras la desolación seduce mis oídos y excita a mi ser, en mi marchar se alzan los edificios, se visten las terracerías de asfalto, mas sus vestimentas reflejan el largo tiempo que han esperado, los hogares surgen de las profundidades de manera torpe y taciturna, unas llegando a

alcanzar al cielo como si desearan de manera desesperada lograr ser un rascacielos, la supremacía, superioridad de los dioses llamados edificios, mientras otras se resignan a lo guajiro, sin deseo a trascender y el resto ni siquiera a existir. No obstante, pese a las diferencias todas se mantienen unidas otorgándose calor de manera mutua no como acto de aprecio, cuanto menos amor, mucho menos respeto, sino tan solo como un acto egoísta que engendra la necesidad sin consciencia existente más allá del bien propio. Otorgándose calor unas a otras, haciendo frente al gélido y longevo invierno.

Mientras la desolación enmaraña a mis ser con las palabras que deseo, necesito escuchar, me pierdo con voluntad propia y culposa, como un feble ante el pecado de la dicha, en la ciudad perfecta, a la cual todos solemos entrar pero sólo pocos salir.

La neblina se vuelve espesa, se coagula, el cielo se reprime, mas nunca quiebra en llanto, donde las únicas luces permisibles, son las que emanan de viejas e inseguras farolas, que en esporádicas ocasiones faltan respeto al manto oscuro, manchando su pureza con fulgores opacos, mas regularmente se denigran rehusándose a sus virtudes, al propósito para el cual fueron concebidas. Donde la composición maestra que es entonada de forma cíclica es el silencio, mismo que en ocasiones es acompañado por coros de las voces de los vientos.

Mientras me convierto en un prisionero, incauto de la desolación, la ciudad perfecta se muestra ante mí: aquella en donde la soledad no es un capricho, un ingrato deseo, sino una primordial necesidad que toda persona disfruta sin culpabilidad alguna, en donde el silencio de las personas es una costumbre, y el dialogo solo sé engendra por medio de las miradas, en donde las personas conocen y aprecian el valor del saber mirar así como el del silencio, en donde si las personas tienen la necesidad de palabras, éstas las derrochan de manera incontrolada vertiendo su podredumbre sobre la pureza del hasta más mediocre papel, en donde si las personas tienen la necesidad de palabras, ellos escuchan las de sus semejantes con sus ojos.

Mas en cualquier paraíso existe una condena, una maldición, una peste. Solo existe una cosa que en realidad, me acongoja, me preocupa, me desgarras, esa es... el amor. ¿Que sucederá si las personas conciben la necesidad del amor, del amar y ser amado?, ¿a caso el paraíso se

transfigurará en el más torturador infierno? A quien quiero engañar, es demasiado tarde, sé... sé la respuesta.

Tengo una jaula

Tengo una vieja, sucia, oxidada, lúgubre, desolada e inmensa, jaula; bañada en polvo, adornada de moho, que guarda el vacío. Su puerta ha quedado soldada, jamás la he utilizado, jamás la he abierto.

Tengo una jaula vieja y mediocre, cuyo retrato refleja el rostro de la soledad y lo cruel que el rencor del tiempo puede llegar a ser. Una enorme y espantosa jaula, que pese a no tener recuerdo distinto al que su presencia me muestra, me resulta agradable en ocasiones, la ironía que engendra el imaginar, que alguna vez fue hermosa, un palacio al cual toda ave deseaba residir.

Tengo una jaula vieja, ruin. En ocasiones la repudio por su desagradable e infame presencia, que ruega, implora con irritantes alaridos incesantes, piedad, compasión, e intento deshacerme de ella, arrojarla a los vertederos, al inmenso mar, verla consumirse en el más abrazador horno, romperla, destrozarla con mis propias manos, despedazarla, con el fin de no verla jamás, mas imposible me resulta, es lo único que tengo, el único recuerdo que me queda.

Tengo una inútil jaula cuya deprimente presencia me mata, con la tortura de no saber si amarla u odiarla. Cuanto añoro aquellos ayeres en que me desentendía de su existencia, de su propósito, aquellos ayeres en que no la concebía, cuando era menos inservible que ahora, Cuanto deseo nunca haber padecido ante la envidia a lo desconocido, engendrando la necesidad del egoísmo, necesitando tener un prisionero. Cuanto me duele

el pensar que alguna vez me empedernecí al capricho de guardar en ella, cualquier ave, con el fin de no sentirla vacía. Cuanto me desgarró el haber soñado con poseer el ave más hermosa del mundo.

Tengo una miserable, desdichada y espantosa jaula, cuyo único posible dueño pudo haberla embellecido, consolado, un pequeñísimo jilguero de matices azules. Un tierno jilguero cuya inmensidad residía en lo estruendoso, solemne y magistral de su cantar, una melodía capaz de invocar la primavera, de alegrar al mundo. El único capaz de llenar la inmensidad de la jaula

Tengo una vieja jaula cuyo único dueño es un diminuto jilguero. Aquel por el cual la jaula aún llora, aquel por el cual se siente tan sola. Aquel mismo jilguero que en mi vida se presentó en tres ocasiones: en la primera me ilusionó, en la segunda me enamoró y en la tercera renuncié a él. Quizá la inmensidad de mi jaula no sería suficiente para él y sufriría. Quizá lo penumbroso de la jaula lo entristecería y sufriría. Quizá la seguridad de la jaula no sería lo suficiente, alguien lo dañaría y sufriría. Quizá preso en la jaula añoraría la libertad y moriría o quizá habiendo muerto yo, se quedara esclavizado y moriría.

Tengo una desolada jaula, a la cual frecuenta mi mirada, mas no por ella sino porque su silueta trae a mi memoria el recuerdo de aquel lindo jilguero, entonces me entristezco y lloro, y me desprecio por no haber hecho lo que necesitaba, lo que necesito, por ser cobarde y no esclavizarlo, pero pasado tiempo, la culpabilidad seca mis lágrimas y orgulloso me siento por no haberlo hecho; me reconforta el pensamiento de que es libre y si no lo es, al menos no soy yo la causa de su dolor.

Tengo una triste, deprimida, desolada jaula vieja, que llora en compañía del día y que solo la luna consuela. Una jaula que al igual que yo, sueña con poseer al jilguero, escucharlo cantar, apreciar su hermosura y ser víctima de su alegría y sufre por saber que nunca pasará.

Te estoy perdiendo Mundus

“Lo que hacía desbordar a mi ser de orgullo en las más recientes albas, lo torna infame”.

Doc.Mundus

Te estoy perdiendo Mundus. Dulce y afable demonio que a mis oídos susurras de manera armoniosa las tinieblas que queman a mi ser, permitiéndole sentir, aun por poco que sea, el posible sentimiento que engendra, el quizá verdadero vivir. Esas palabras cálidas, impregnadas de abrazadora compasión, ardiente regocijo.

Te estoy perdiendo Mundus, el dolor ya no desangra, el sufrir se matiza insignificante, haciendo predominar, imperar la indiferencia. Los espectros que concibe la vida esfuman tu presencia, silenciando el sublime y armonioso canto infernal, haciendo sólo permisible de escuchar los estruendosos alaridos, los llantos que rezan de manera exasperada el temor que transfigura las virtudes en un cristalino reflejo de desdichas.

Te estoy perdiendo Mundus. El esmero y la pasión por alcanzar, siquiera divisar la supremacía, se difuminan, matizan neblinosos e inclusive, inexistentes, imaginarios, absurdos, cuando las culpabilidades son tan pesadas, deteriorando, extenuando, exterminando al ser, negándole la misericordia de al menos divisar el mínimo motivo que le reimpulse, aliente, se compadezca, ayude a retomar su marchar.

Te estoy perdiendo Mundus, o es quizá, que día a día soy más cercano a ti.

Luces de neón

Ellos tienen la humana, yo conservo la diosa.

Ellos no serán capaces de amarla, tan solo la querrán.

Al humano solo es posible quererle, a las deidades adorarles y a los fantasmas amarles.

Perdido estoy entre luces de neón
con el deseo, necesidad de poder
encontrar fulgor similar, que borre,
opaque, eclipse a aquel que me cegó.

Rodeado estoy, ante astros reyes falsos me veo,
infames, precarios, mediocres, torpes,
artificiales, indignos de poseer
mi atención. ¿Por qué me dejó?

Por qué se tuvo que marchar,
ahogándome en la penumbra.
Jamás le podré olvidar,

su recuerdo aún susurra
a mis ojos su mirar,
que jamás podré vislumbrar.

Álbum de fotografías

Cual mísero despreciable que por motivo de falta de valía matiza la cobardía como la ardiente necesidad de compasión, dejando por completo de percibir, augurar, el marchar que en pos va de la dicha llamada superioridad, ahogándose en gemidos, quedando sordo ante el estridente silencio, flagelándose ante su debilidad, brotando lagrimas en vísperas de dar fertilidad a su alegría, mas termina por hundirlas, desintegrando su endeble, acartonada existencia, nutriendo sus tormentos deseando, pregonando, la decadente exigencia de compasión.

Cual miserable que se refugia en la reconfortante braza de sus remordimientos y culpabilidades, cuando dado unos cuantos pasos en compañía del tiempo, por esmero de acariciar o por lo menos divisar el prometedor horizonte de su preciada empresa, termina cegado en penumbras siendo capaz de apreciar lo que ante el figura como la imagen más horrenda, mas por su ingrata existencia no le es permisible de admirar la magnificencia de su hermosura, aquello que es ciego, imperceptible ante el mirar infame del ajeno, puesto que nadie si no uno solo, uno mismo, es lo suficientemente propio para poder mirar lo invidente

Ingenuo, feble, febril, soñador, incauto, me pierdo en alegrías falsas como si fuese tan solo un pequeño que ante lo desconocido lo consagra magia, dotando a todo de hermosura y vida sublime. Como fausto indigno, envidiado, reprochable, soy amado y acariciado con gran

devoción por la eterna, siempre fiel, siempre afable, la amante perfecta, la que todo lo comprende y todo lo perdona, nada olvida y siempre justifica, la única que conoce el amor verdadero, con la cual todos estamos casados, mas siempre le somos infiel. Mientras ella me seduce con gran ternura y lujuria, sin más deseo que mi propia dicha, yo la niego, denigro, humillo, con el peor castigo, me es indiferente, le ignoro, la encierro en la recámara del olvido, mientras mis ojos se pierden en un libro carente grafías, repleto de imágenes, de paradisíacas fotografías, de hermosos, llamativos fulgores, lindos rostros llenos de vida, miradas tristes mas pasiones que cuyas ardientes flamas vislumbran desde las retinas, sonrisas naturales, sentimientos sinceros. Un libro cuyas fotografías no tienen limite, mas algunas se pierden siendo solo recordadas por mi tesonera, celosa memoria. Un libro de fotografías cuyo goce de vida es contagioso curando mi ser, permitiéndome engendrar cálidos sueños. Un libro, una vida, mi ser llora por no estar en el, mas mi dolor me reconforta, alcanzando a acariciar la enorme sombra de la alegría, encontrando en mi miseria la valía, y en resignarme a ella mi mediocridad.

Cual mísero frente a la hoguera ardiente de mis remordimientos y culpabilidades, me pierdo en un álbum de fotografías, siendo por parpadeos feliz al obstinarme a lo guajiro, sufriendo en largos suspiros por la melancolía de añorar lo que jamás fue y nunca será, mientras mi verdadera amada me seduce. Sé que me perdona y que es feliz con la presencia de mi ausencia. Ella es una pobre desolada al igual que yo. Sé que pronto llegará el momento en que pierda realmente la vista y sea capaz de ver cuan ciego estuve, que ella es mi único amor, lo único que necesito.

I used to appreciate the dawn

I used to appreciate the dawn.

It was a custom for me to make up the day with false reasons. I pretended to make it beautiful.

It was not acceptable to me to lose the hope of caress the soft and silver skin of the desire.

It was a custom to wait for the future on a bank of a park, under the night, until to the dawn, sad but with illusions.

I used to appreciate the dawn, but the thick mist of my faults appeared.

The rain falls every day.

I really miss her.

One thing that I get depressed about is waiting for the rainbow.

One thing that I really get depressed about is knowing that it is there, behind of my nonentity.

I could never forget her. I hug her memory in my restless dreams.

Pavimento

Suele, de manera frecuente, mi mirada perderse con deseo de consuelo, buscando con sumo y apacible desespero, compañía alguna que

compadezca ante su miseria, un sufrimiento más sublimado que provoque por efímero tiempo que sea, la pérdida de conciencia de la propia existencia.

Suele mi mirada evadir todo posible reflejo, perderse de manera ínfima, cobarde, en la egoísta tarea de encontrar penumbra más profunda que le niegue la virtud de vislumbrar; agudizando su sensibilidad, esclavizándose ante aquella ceguera que le sea capaz de mostrar aquello que no es permisible para la vista.

Acostumbra mi mirada perderse, deslindarse de todo aquello que le rodea, resignándose a su desdicha, negando inútilmente las dañinas caricias de la esperanza, evitando contemplar las cúspides, mas siendo imposible no apreciarlas por medio de los recuerdos. Suele mi mirada frecuentar las tinieblas y figurar en ellas el paraíso.

Suele mi mirada perderse en necesidad de compañía, siendo compañía indiferente, imperceptible, ante el único que considera su semejante, su igual, el único capaz de comprenderla, aquel único cuyos ojos neblinosos le muestran el reflejo de su verdadero ser.

Suele mi mirada frecuentar al frío, solitario, maltratado pavimento. Suele mi mirada compadecerse de él, sufrir el tormento de la empatía, sentir propia las profundas y tan trazables grietas en su piel, los enormes vacíos irreparables de las ilusiones, la impotencia de no poder evadir las gotas ácidas de los diluvios, las ardientes quemaduras que engendran los tormentos, el frío de las eternas y desoladas noches. Suele mi mirada acompañar al pavimento, pese a saber que de su presencia no se percata, puesto que ante el sufrimiento longevo ha perdido los sentidos. Suele mi mirada con placer culposo apreciar al pavimento, figurando en él su reflejo, sufriendo por ser lo que es, sufriendo más por sentir lo que siente. Frecuenta mi mirada al pavimento y llegado el momento, preso de un hondo quebranto, midiendo con fracaso sus lágrimas, se despide de él con un beso insípido, mas desbordante de emociones, un beso plagado de sentimientos arrojado a aquello que no puede sentir, un beso amoroso a la nada. Frecuenta mi mirada al pavimento y en medio de lágrimas se despide de él, susurrando a su oído la más sincera de sus disculpas y a la vez la más inútil, se despide mi mirada del pavimento ofreciendo... una disculpa por... ser una carga más.

Suele mi mirada acompañar al pavimento, sufriendo por desear ser como él, sin saber siquiera, que ante el mirar ajeno lo es.

Fumando penas

En la lúgubre, ocre, penumbrosa, oxidada, corroída, aislada habitación de la inexistencia, fumo con placer culposo mis penas.

Sumergido en lágrimas, degusto el sabor amargo y adictivo de la incompetencia, lo fatuo de la mediocridad, lo dulce del dolor.

Ahogado en la anochecida, eterna, y artificial oscuridad, aspiro con gusto el humo tóxico de las culpabilidades, encontrando en él, un reconfortante, relajante aroma que anestesia por ligeros momentos el

sufrimiento, mas pasado el efímero efecto lo intensifica, permitiendo el eterno ciclo de la necesidad.

Encerrado en la lejanía, preso de lo atemporal, esclavizado ante la cobardía, fumo mis penas, en ocasiones con mayor empeño, esbozando sonrisas sátiaras en el lienzo inexistente de la recóndita, más tímida, ingenua noche. Trazo sonrisas inútiles, engendradas, inspiradas, concebidas por las ilusiones que emanan, brotan y ascienden de las brazas de la ignorancia, la miseria, escoria de no aceptar, amar, apreciar, con valía las deformes, hórridas, bestias llamadas repercusiones. Exclamando estruendosas carcajadas que atemorizan, agreden, maltratan la serenidad del silencio, en lo profundo del sueño vociferando falsos momentos, insulsas realidades, extinguendo, con mayor prisa la vida de mis penas, procreando más nubes densas, coaguladas de alucinaciones. Sumergiéndome a aspiraciones profundas en la inmensidad de lo guajiro, mas a punto de extinguirse la existencia de las penas, despierto y atemorizado con el fulgor ardiente, vivido, del remordimiento doy luz a una nueva.

Fumo con placer culposo mis penas, haciéndolas arder con el fervor de mis remordimientos, saboreandolas con la vocación de un enfermo.

Desolado, poseído por el delirio, entre carcajadas y llantos, ilusiones y escarnios, dolor y dicha, fumo, sin cesar, extinguendo cada pena en mi piel, con el deseo de jamás olvidarla, de recordarla aun ante la imposibilidad de verla, sintiendo su presencia póstuma.

Fumo con placer culposo mis penas, pese a saber que procreo en el interior de mi ser una espesa, viscosa, ennegrecida podredumbre que carcome mis entrañas, que succiona mi existencia y amenaza con extinguir la flama de mi vida. Sin embargo, no existe ser libre de enfermedad, que no conozca la muerte.

El burdel de las esperanzas

Regreso al sanatorio cada ocasión en que recuerdo mi incapacidad de olvidar algo; cada noche en que la vigilia no sucumbe ante la noche, cuando los parpados no son suficientes para oscurecer el día, cuando es primordial una dosis de analgésicos que asesinen sin piedad al mundo.

Regreso al sanatorio cuando el ser empapado por el diluvio necesita encontrar calor que lo seque antes de disolverse, cuando las tinieblas interiores ya no arden con la misma intensidad y beberlas es la receta que permite cicatrizar heridas.

Regreso al sanatorio de luces incandescentes, a la taberna de tinieblas, el juego de miserias, al bulevar de soledades, el banco de falsas alegrías, con la pretensión de haber olvidado lo imposible, evadiendo toda posible alegoría al motivo que impulsó mi senda, con la falsa promesa de dominar a la dicha, con la disposición de firmar el contrato que prometa una vida, sin importar precio alguno.

Regreso a la feria de las lujurias, el carrusel de las emociones, la ruleta de las falsas suertes.

Preso por el entusiasmo y avergonzado por mi decadencia, tomo con afán y orgullo la tarea de maquillar mi imagen: sacudiendo polvos de desgracias, reordenando prendas de voluntad, limpiando lagrimas de cobardía, haciendo sonreír el rostro de la tristeza. Sin apreciar los desalentadores resultados de mi inútil labor, guiado por afanosos augurios, vísperas, aprecio la inmensidad del cosmos, la solemne hermosura de sus estrellas, llenas de vida aun después de la muerte, irradiando fulgores cegadores. Hipnotizando con movimientos armoniosos, algunos simples como su cadencia, otros que requieren mayor maestría, todos desbordantes de estilo, seguridad, una belleza tan natural que encela al universo, marchita cualquier flor, ruboriza la solemnidad, flagela cualquier monumento. Todas ellas danzando como notas al mismo compás, sin siquiera ser notado por las más candorosas o tomado en consideración por las más endemoniadamente vanidosas. Todas ellas tan cercanas, y distanciadas por inmensos abismos que cava la cobardía en el ser y poco posibles son de recompensar.

Inerte por la incompetencia, solo me atrevo a apreciarlas, apreciar sus aureolas, sus perfectas figuras, que trazan la vida soñada, exonerada de todo fracaso, una vida en donde la caja nunca fue abierta. Las aprecio y me pierdo en sus perfecciones, en la hermosura incondicional, inconmensurable, hasta llegado el momento en que el tajante recuerdo de lo imposible parte al espíritu, dejando cristales celestes de adictiva nostalgia, hasta que el remordimiento hace acto de presencia y la mirada con desesperación intenta evitarla, mas es imposible que la película de la desdicha no se rebobine y sea apreciada.

Ante el momento del quebranto es cuando acude su amado el consuelo, es en ese momento donde una hermosura se apiada de mí o al menos se empeña en fingirlo. Comienza a introducirme en un juego de palabras sinceramente insípidas, un juego el cual al recién haber llegado contaba con gran ímpetu por jugar, mas no en esas circunstancias en las que el ser se ve engañado por su memoria y transfigura la realidad en un recuerdo, no cuando no se es posible ser otro jugador que no sea el propio ser, no en el momento en que inclusive resulta imposible ser uno mismo. En la conversación de intereses disfrazados, la endemoniada lindura comenzó a metamorfizarse: su mirada resultaba triste, sin

embargo, sus pupilas expedían un llamareda inextinguible, despertando la pasión, marcando el verdadero inicio del juego, engendrando interés, mas presentía conocer todo respecto a ella, que ella era algo que siempre conocí y de manera absurda intentaba olvidar. Ella al notar el exponencial incremento del interés, intentó tomar la pauta del juego y guiarme al próximo nivel, mas mi ser se adelanto a sus planes al apreciar la sonrisa que se esbozó en ella, una sonrisa tatuada en la piel del recuerdo, una sonrisa que había archivado mi pupila y guardado en el álbum de fotografías. Ella había dejado de ser ella y había pasado a ser lo imposible. Mi ser tras apreciar la sonrisa, le expresó la necesidad de perderse, acariciar, gozar, dar placer a su cuerpo, a lo cual ella sugirió que pactásemos una triada, no obstante mi ser le replicó, argumentando que no era necesario, puesto que con ella lo tenía todo. Reaccionó su mirada reflejando asombro, sin embargo su rostro volvió a esbozar la sonrisa de la fotografía que sin percatarse aceptaba el cumplido involuntario.

Llegado el momento, mi ser se hizo preso de ella, perdiéndose en la perfección de su figura, acariciando cada mínimo detalle, saboreando, degustando en ella el placer de la felicidad, perdiéndose en la inmensidad de su ser, tratando con esmero y dedicación, abarcar la grandeza de la dicha sin ser tesonero y extinguirla por completo. Encontrando en su sedoso pergamino pasajes de placer que no eran permisibles a simple vista. Complementando versos de lujuria con devoción que permitiesen fundir los seres, al momento de escribirlos y recitarlos. Danzando de manera armoniosa, tratando de invocar al placer supremo, mas implorando que demorase una eternidad. Disfrutando cada momento. Olvidando por completo la existencia encontrada más allá de ellos, disfrutando el sueño, la felicidad efímera.

Lograda la dicha deseada, ella volvió a ser ella, la lluvia volvió a caer, el recuerdo volvió a atormentar, la fotografía se desvaneció, la tristeza retomó el imperio, el remordimiento, la culpabilidad y demás miserias volvieron a proliferar.

Todas las noches son las mismas, todas ellas diferentes terminan por ser la misma. Quizá esto no sea lo correcto, pero solo reclamamos un poco de nuestro derecho a la felicidad. Ellas hacen su trabajo y yo al igual que cualquiera... no deseo sufrir.

A la fiera

Habíame reservado las palabras, escondiéndolas, tratando de ocultar su sencillez, pretendiendo esperar con esmero el momento indicado, el correcto, el sensato; en que fuesen lo mínimamente decentes, dignas de transmitir un sentimiento inconmensurable, que se anida, florece, y da vida.

Habíame guardado las palabras, cubriendo tras o con el acto mi cobardía ante la empresa con el manto de la modestia, disimulando mi ingenuidad, mas el tiempo con solo tres palabras me mostró que la ingenuidad es parte de la dicha y que las palabras son incompetentes como reflejo de emociones.

Habíame reservado palabras de luto, en días grises, augurando que el vórtice se tragaría, consumiría las brazas de la pasión, dejando en pos tan solo las cenizas del desgarrador recuerdo.

Habíame reservado palabras de luto, guardando silencio ante el temor de que nada fuese el retrato de su pasado, mas tras tres suspiros de valor, comprendí que la verdadera algarabía recién había comenzado.

Hemos pasado por tanto mi amada fiera: hemos sido victimas de escarnios, se han burlado de nosotros, han intentado desmembrarnos, quebrantarnos, separarnos de diversas formas, sin embargo, el fervor que nos funde nunca desistirá, ellos son incapaces de comprenderlo y jamás lo harán, pues para ello es necesario saber amar y lejos están de las sendas que guían tal camino sin siquiera ser capaces de divisarlas.

Hemos pasado por tanto mi preciada fiera: hemos sufrido las ardientes heridas que conciben las inquinas, las injusticias, desgracias, soportado su dolor y aprendido a curarlas con la esperanza del deseado porvenir.

Hemos aprendido uno del otro a amar : ignorando defectos, perdonando con el olvido agravios e insultos. Dejando, dando todo el uno por el otro: nombrándonos locos por la pasión desbordante existente entre ambos, sabiendo que solo en los dominios de locura se es libre de todo, mas condenado se está al placer de amar.

Hemos sido tan felices juntos mi adorada fiera: entre lágrimas y risas, cantos y gritos, degustando cada momento, conociendo lo efímera y longeva que puede llegar a ser la alegría.

Estamos en la cima, amada fiera, en las alturas, en la cúspide. Siente, regocíjate, nútrete del calor que expiden, emanan los fulgores de sus mirar, somos el centro y no existe nada más.

Estamos en lo alto y disfrutemos que lo imposible ha sucedido, que la pálida realidad ha vestido pastelosos matices de sueño, disfrutemos sin importar la naturaleza del suceso que se ramifique de ello, después de todo, sabemos que estaremos juntos, puesto que, hemos contraído nupcias ante la eternidad. Estaré, estarás, estaremos ahí cuando nos necesitemos, brindándonos seguridad, consuelo, vehemencia.

Gocemos mi querida fiera, el sueño que todos anhelamos y que lamentablemente la azarosa existencia ha privado a algunos de cumplir, que nuestro festejo sea tan jovial que la muerte sienta la necesidad, envidia de vivir, que nuestro festejo sea tan estruendoso que derrumbe toda frontera, toda ausencia, que permita percibir tan cercanos a los que más lejanos están, que la flama de nuestra pasión arda sin mesura y evapore al día más gélido.

Estamos en lo más alto mi amada fiera, y siempre lo hemos estado, mas ellos no querían convencerse de lo incomparables que somos.

Apocalipsis

“La vida no es más que el cúmulo de experiencias personales. El mundo no es más que la percepción de cada observador”.

Doc.Mundus

El mundo pareciera estar cansado, exhausto, desmoronado por lo trivial, absurdo monótono, flagelado por el tormento de orbitar en contra de su

voluntad, hacia el mismo destino, el mismo lugar, la misma posición.

El mundo pareciera desear consumirse, perderse, enlazarse, vincularse con la predominante nada del vacío cosmos. Abrumado por las fuerzas impetuosas ajenas, busca consuelo en la cándida, amable, noble Luna; abrazando su presencia, vertiendo lagrimas secas, inexistentes en su compañía; confesando sus martirios, sus suplicios, sus delirios; apreciando su natural belleza, puesto que aun por sí misma, carente de fulgor, es capaz de brillar. Amándola y odiándola por su lealtad, benevolencia, bondad; siéndole infiel en ratos ante el ardiente, cegador resplandor del astro rey, mas llegado el momento con sincero arrepentimiento, ofrece insulso juramento de falsas, dañinas promesas a su única y verdadera amada, la cual siempre lo ha acompañado sin recompensa alguna más que disfrutar su presencia. El mundo bajo llanto inconsolable de rencor y desprecio jura a la Luna que en algún momento no tan lejano poseerá la valía, gallardía, necesaria para tomar los hilos de los cuales tiende su voluntad y de tal forma será capaz de marcar la senda de su propio camino, que guiará su amor. No obstante, la Luna tiene por claro que aquello que le ofrece su amado es imposible, sin embargo, impulsada quizá de manera involuntaria por su amor inconmensurable, asiente con firmeza a cada palabra que escucha y cuando le es posible aporta unos cuantos versos a su poema de amor fantasioso, con el anhelo de curar el dolor que posee a su amado.

El mundo pareciera desear extinguirse al revelarse en sus momentos de imperceptible desolación la verdad irrefutable, absoluta que reza de manera estruendosa, resonante, inevitable y perturbadora el que jamas será lo suficientemente egoísta para amar.

El mundo con el fin de hacer frente a la verdad, pareciera desear ser lo suficientemente egoísta para dar fin a todo el sufrimiento que engendra. En las pupilas perdidas del mundo se refleja su tormento; en lo más profundo de su ser se aprecian sus pensamientos de soledad, las proliferantes sombras irreales, concepciones y engendradoras de dolor; todas ellas semejantes y contrastantes a la realidad que cincela la vista.

El mundo pareciera desear esfumarse como el polvo de ilusiones lo hace ante el vendaval de las tristezas.

Las sombras proliferan, ejercen una sobrepoblación de torturas.

Las sombras sufren y son asesinadas por la hambruna que procrea el añorar su presencia.

Las sombras enfermizas mueren por la adicción de la dañina droga de su recuerdo.

Las sombras engendran torrenciales diluvios por el deseo de escuchar la voz de su redención, mientras otras, impotentes ante tanta desdicha crean desiertos de desconsuelo.

Todos los días son días de guerra entre la esperanza y la resignación.

El mundo tiembla, se quebranta ante el remordimiento de la culpabilidad.

El mundo se ahoga en las lágrimas de sus penas.

El mundo pareciera querer dejar de existir, cubrir, dar calor a sus sombras con el manto penumbroso del abismo; difuminando con lentitud los seres en la indiferencia; apagando, extinguiendo con delicadeza, cada llamarada; disfrutando, deleitándose, con el umbral de la cumbre.

El mundo, o al menos mi mundo pareciera desear morir.

Quizá la única solución sea rezar, mas toda mi fe ha sido consumida por las impetuosas flamas del infierno de las desgracias.

No necesito un milagro, necesito un hecho y sé que jamás ha de suscitarse.

Fantasma

"If you have ghosts
You have everything".
Roky Erickson, Ghost.

Acechado por la angustia tormentosa de la soledad, mi espíritu se vio, por autocompasión, ante la necesidad de incursionar en la hiriente empresa que guía el sendero del juego de las soledades. Sintiéndose por primeros pasos reconfortado, realmente acompañado por ocasión primera, al divisar los vestigios que en pos de su marchar dejaron de manera involuntaria aquellos desdichados, por repercusión de haber probado los enfermizos frutos de la inquina, temeraria vida; prisioneros de desdichas, marionetas de delirios, misioneros de frenesís. Desbordante de melancólica felicidad, se vio mi ser entre torrentes de lágrimas al sentirse comprendido, al percatarse que su desdicha no era del todo propia, que no era el único en recibir caricias mezquinas, que no era la única víctima de la enfermedad espiritual. Poseído por el consuelo, mi ser atravesó el sendero con pasos agigantados, creyendo haber encontrado la cura ante la eterna lluvia, el abril del eterno invierno, la aurora entre las sombras, el astro rey entre las nubes.

En el juego de las soledades comprendí en realidad, cuán solitario me encontraba. Ante el umbral del abismo, mi espíritu se vio consumido por la desolación, inerte ante el pavor de apreciar la cruel realidad y no ser capaz de vislumbrar, augurar presagio que no sea el fondo del vacío. Aterrado, desde las penumbrosas profundidades del infierno, entre desgarradores lamentos, mi espíritu implora compasión, hasta llegado el momento en que el gélido suspirar de la inexistencia esfuma sus esperanzas, silenciándolo, congelando su fervor. En lo profundo del vacío se ve mi espíritu, resignado en ocasiones a no llorar, conociendo el dolor que engendrarán sus lágrimas al aferrarse a su ser, incapaces de brotar; en otras, con la poca valía retomada, decide emprender camino de regreso, mas éste se torna imposible al ser una pendiente presuntuosa;

no obstante impulsado por el recuerdo del pasado, la afronta, mas sus esfuerzos son severamente castigados, hundiéndolo más en la boca de la bestia que sedienta está de sufrimiento.

No hay solución, el tratamiento no ha funcionado, no existen culpables ni víctimas. La existencia comienza a esfumarse, el reflejo del espejo de la vida muestra una figura difusa, neblinosa, en ocasiones espesa de un matiz azul, en otras tan transparente que es poco perceptible. Una figura cuya presencia pasa por desapercibida en cualquier momento, una figura a la cual las palabras la traspasan, aun y cuando se consideran son dirigidas a ella. Incapaz de tomarlas, acariciarlas, escucharlas. Una figura a la cual las miradas nunca se dirigen, mas ella no las culpa. Una figura más que deambula sin vísperas de acariciar el horizonte, un espectro más encadando a sus miserias.

La realidad lo muestra y llegado su momento tendrá que ser aceptado. Soy una voz que pese a exclamar sus tormentos, sucumbe a ellos y vive en el silencio; un ser que añora la existencia, mas le resulta tan placentera la inexistencia que procrea la soledad. Soy el crucifijo al cual acuden los temerosos a la desdicha, y el pañuelo de lágrimas de los mártires. Soy la desgracia que inspira a los míseros en sus momentos de crisis y de la cual se compadecen los afortunados. Soy el fantasma que en su presencia salva o condena.

Soy el fantasma, esclavo del purgatorio del desear sufrir y no poder hacerlo, del llorar y no deber hacerlo, que aspira a ahogarse en la soledad y, sin embargo, jamás podrá llegar a acompañarla.

Soy el fantasma cobarde de letanías que imploran piedad, que aterran, lastiman, hacen llorar y consuelan a quienes son capaces de escucharlas.

Soy tan solo un espectro más que habita en lo profundo del abismo, que se aflige ante sus semejantes; un fantasma más que deambula por la vida implorando amor, pese a desconocer su verdadero significado.

Onírico

"...así he vivido yo

iluminado

esa parte de ti que no conoces,

la vida que has llevado junto a mis pensamientos..."

Luis García Montero

"Si el hombre pudiera decir lo que ama, ..."

Luis Cernuda

He escrito en más de una docena de ocasiones las palabras que intentan de manera desenfrenada, lograr vincularse de manera armoniosa, celestial, tratando de imitar las sencillas y sublimes notas de una melodía divina, que enamora a la posteridad; y se manifiestan, presentan de manera cíclica en el pentagrama deterioro del tiempo, marcando la pauta exacta, perfecta, precisa que aprisione en esferas cristalinas la hermosura de cada momento y que al contemplarlas, la mirada es víctima de un efecto quimérico, puesto que, las percepciones son similares, mas los sentimientos contradictorios.

He plasmado en mis pensamientos oleadas inmensas de palabras que se esmeran por cultivar el arcoiris completo de emociones, que con devoción aspiran a misionar en tu ser compartiendo la palabra del mio, palabras que con orgullo afrontan su centelleante, efímera existencia, y se

congratulan aún en su póstuma y fantasmagórica existencia, por haber servido a una noble empresa.

He vertido grandes mares de palabras melancólicas, haciendo fértil las tierras de mi ser, floreciendo lirios de blancas esperanzas, violetas de sedantes ilusiones, inmensos prados de sueños guajiros, y falsas excusas. He derramado océanos de hirientes, desoladas palabras, construyendo, pariendo, creando todo un mundo a tu nombre, un paraíso a tu ser, alzando monumentos a tu memoria; un mundo que implora, exige la vida, mas solo consigue la presencia de mi soledad, puesto que en el no te encuentras.

He escrito un gran numero de palabras con el único objetivo de reducir el abismo existente entre ambos; no obstante, el olvido y la decadencia lo acrecenta.

He redactado la presente epístola añorando que ante tus fulgores figuren como una sublime melodía que bifurque en tu ser, ramificaciones de emociones, de pigmentos pasteles difusos, cuya nitidez no sea tan luminosa para lastimar tu sensibilidad ni tan opacos que te impida percibirlos. Una melodía conmovedora mas no inolvidable, placentera y efímera, que te permita vivir el sueño en su transcurso y ante el umbral te despierte con cariño para apreciar la realidad, que te muestre el fantasma de mi existencia y ante el silencio lo percibas como la ilusión de un recuerdo empañado.

He escrito las presentes palabras anhelando ser capaz de trazarte la inmensidad de tu eternidad, lo preciado de las memorias de tu existencia que atesoro, la historia de la vida que has llevado junto a mis pensamientos, de la manera mas condensada permisible a fin de no fatigar, cansar tu triste y preciado mirar. Envidiando y compadeciendo a los versados, que han domado las bestias de sus seres y ofrecen la inmensidad en lo diminuto, el universo en lo mundano, la alegría en la tristeza, la compañía en la ausencia, el amor en el dolor. Mas no me flagelo ante mi notable fracaso, debido al saber que solo mis pasiones son fuente inagotable de inspiración.

He escrito estas palabras con el fin de expresar de manera esclarecedora el simbolismo que representas en mi mundo onírico, mas tras tantos destierros y exilios, comprendí la lección versada; comprendí que el hombre es incompetente para expresar lo que ama.

Forajido de la vida

“Perdóname por ir así buscándote

tan torpemente, dentro

de ti.

Perdóname el dolor, alguna vez...”

Pedro Salinas.

Soy la marioneta preferida del tiempo, su mayor espectáculo, su mejor bufón, soy el ingenuo que pretende derrocarlo, y que sucumbe ante su valor.

Soy la celda del fracaso, la paradoja de un final de inicio, algo insulso, tan solo una ilusión, algo que vive mas no existe, algo que no es historia ni porvenir. Soy un viajero de esperanzas, un desertor de realidades, el forigado de la vida.

El eterno caminante de los laberintos del pensamiento, el buscador de falsas razones, el portador de anhelos que guía la constelación de tu ausencia, el incauto, febril, y fausto transeúnte que va en pos de los yacimientos de grata felicidad que sembraste sin consciencia, con inocencia, con perversa ternura en tierras ajenas, condenando y liberando, despertando y bautizando.

Soy el forajido, mendigo de vidas, puesto que la suya fue robada sin siquiera notarlo, sin saber que poseía. El que deambula en sueños con vísperas de encontrarla, mas diurnos y lascivos augurios pulverizan su voluntad.

Soy el historiador de fantasías que busca con sumo empeño y necesidad el indicio que le permita erradicar toda su desgracia mediante algún abstracto pasaje que vincule su ser y su vida, por más subjetivo, engañoso, abundante de intuiciones que sea. El historiador que ante el inexorable fracaso de sumergirse en las páginas de su obra segmentada por tu llegada, no encuentra más que excusas en los remotos escenarios y anestésicas falacias en aquellos que quizá nunca han de fecundarse.

Soy un forajido, tu semejante y antagónico, puesto que yo, al igual que tú, robo vidas y engendro dolor con mi ausencia; sin embargo, poseo consciencia que me denigra, una consciencia que mi necesidad pretende eclipsar en su totalidad. Tú eres libre, yo esclavo, tú sanadora,

yo verdugo, tú inocente yo culpable.

Soy el forajido de la vida que en compañía del inconcebible ocaso escribe las bitácoras de sus emociones en forma de abstractas epístolas a tu ser, el que aspira a poseer la eternidad del tiempo mas el olvido lo aprisiona; el que añora ser capturado por tus pupilas, aparecer en tus profundos sueños, existir por efímero que sea en las ilusiones que procrean tus delirios.

Soy el forajido que ante una noche gélida en el desierto de la desolación con cobardía abraza a la luna y quiebra en llanto al momento en que el espectral viento recita sus lúgubres líricas, condenándome a saber que moriré sin vivir, que jamás me vincularé a ti, puesto que si te hubiese conocido en el pasado, no estaba dispuesto a sufrir, y ahora que lo soy, he perdido la facultad de amar.

Soy el forajido de la vida que te pide perdón por buscarte tan torpemente mas la mitad que me complementaba me fue atrocemente arrebatada y estoy seguro de haberla encontrado en ti.

Espejismo

"...Ni escondo la pasión

Ni la perfume..."

Joaquín Sabina.

"...cuando despierto y voto por el miedo de hoy,

cuando soy lo que soy en un espejo roto, ..."

Luis García Montero, Joaquín Sabina.

“La bestia que pedía amor a gritos desde el centro del mundo.”

Hideaki Anno.

Si tus ojos no están dispuestos a escuchar, si obstinados están a adornar, revestir, detallar, un preelaborado esbozo de mi ser, es mejor incineres con ígnea, flamante, ardiente menosprecio, indiferencia este frágil y consecuentemente inservible pedazo de papel, y esfumes con abrumador soplido de seguridad las cenizas que atañen a su empedernido deseo de existencia, haciéndolas una con el polvo del olvido.

Si tus ojos fatigados están de deambular por los dédalos prosódicos de mi miseria, será mejor les otorgues la clara, notable y sencilla salida del amor propio. Sin embargo, aun sea por curiosidad, vestida de interés, cultivado por tus ilusiones o por mi persona, el motivo por el cual has llegado al umbral del jardín espinoso de mis gélidas tinieblas, he de confesarte, quizá por anhelo a no llegar a lastimarte o algún otro motivo desfigurado, distorsionado por mi alterado ser, el que: la panorámica que tu mirar cincele no evocará en los termales de tus sentimientos más que espesa podredumbre de dolor, haciéndote permisible hordas de suplicios, oleadas de sufrimiento. He de confesarte mi lección más preciada y a la vez, la que nunca he sido capaz de aprender: la sensibilidad no es don, es un martirio; el ser demasiado humano te aísla de tus semejantes inclusive de ti mismo.

Si estas palabras, que emanan del frío abismo, llegan a ti en épocas de la triada amorosa, no sientas culpa, responsabilidad, o deber de resarcir mi porfiar, mi ingenua y turbia empresa. En tiempos de lucidez puedo vislumbrar que mi dirección hacia ti es en realidad mi cretina desesperación de representar un pasaje de Evangelion, con la pulsante necesidad y devoción de la reintegración de mi ser por medio de un ángel. Si me dirijo a ti es por el indecoroso, lascivo, mediocre acto de añorar alcanzar a acariciar lo imposible, lo que no poseo y más deseo y necesito, de apreciar el esperanzador ocaso, el placentero horizonte, el adictivo porvenir. Si estas palabras llegan a danzar con tus ojos, es porque al fin tuve la valía o egoísmo necesario para mostrar mi hasta entonces desconocido ser. Si mis palabras llegan a ti es para mostrarte con agradecimiento, noble y preponderancia, los reconfortantes y

desgarradores resultados de mi longeva, eterna empresa llevada a, o por medio de tu nombre.

Me muestro ante ti con suma sinceridad, con modestia y cinismo, siendo no tan contrastante a nuestro primer encuentro; no te mentí al momento de confesarte, por medio de las palabras de un gran amigo, que la pasión domina, impera, en mí; no obstante, no comprendía que lo que consideraba mi mayor virtud es mi peor desgracia. La soledad susurraba a mis odios el silencio de mi condena, mas no lo aceptaba, me vanagloriaba con el emprender y disfrutar su juego, sin saber, sentir, las profundas heridas, quemaduras, que emanaban de las voces mudas de los muertos, flagelándome martirizándome sin conciencia a través de cada gráfica plasmada por mi sufrir. Disfrutaba del juego de las soledades hasta llegado el momento, año cero, la verdad suprema que proclama la condena del espejo negro, hasta llegado el momento en que me aprecié por vez primera, y contemple lo deteriorado de mi ser, su fragmentación, su cristalizada esencia, su bifurcada espiritualidad. Contemple a cada espejismo y cada uno me correspondió. Con tajante y atormentadora resignación me aprecie en cada uno, y en cada uno me encontré.

En el melancólico, nostálgico que todo cincela azul.

El triste que se mutila con sobredosis de esperanzas y termina por ser un adicto al dolor.

El alegre que a todos regala sonrisas y felicidades.

El bufón que de su propia vida hace una broma negra.

El solemne que dota de respeto a todo y a todo toma con especial cuidado.

El cobarde que ante cualquier oportunidad se oprime, aflige, y termina consumiéndose en sus desprecios, denigrándose

El soñador que crea con la inspiración del mundo su propia historia.

El prepotente que se vanagloria con imprevistos logros.

El modesto, noble, que adjudica logros propios a otros, o los banaliza, y se adjudica culpas ajenas.

El mediocre.

El supremo

El sensible que es prisionero de dichas y desgracias por mundos pasados, inciertos, inconcebibles y, reales propios y ajenos.

En el ermitaño que implora el derecho de soledad.

El afable compañero que sabe es impotente ante la abrumadora presencia de la soledad.

El amado que odia a quien lo ama.

El egoísta que se odia por no saber amar.

El verdugo y condenado.

El iluso y realista.

El mendigo de amor.

El orgulloso que no desea compasión.

El inseguro que se reprime.

El seguro que se modera.

El colérico que trata de controlarse y solo desatarse en las profundidades.

El obstinado a empatizar, el altivo incomprensible.

Me aprecié en ellos y muchos restantes. Preso de horror y tristeza comprendí la razón del por qué no degusto del mirar el mirar ajeno.

No te mentí al decirte que soy un ser apasionado, un hombre que crea y destruye mundos en cuestión de parpadeos y suspiros, que soy una marioneta del espectro llamado sentimiento, un dramaturgo de emociones que crea obras en segundos. Y no te miento al decirte, con unas pocas de mis seguridades, el que todos ellos te contemplan con los mismos ojos y te responderían si los vieras con el mismo candoroso mirar. Seres como yo somos capaces de amar con delirio, mas es todo un suplicio amarlos.

Perdóname por atraerte al profundo centro de mi infierno y mostrarte la bestia que en realidad soy, sin embargo, ésta bestia implora amor.

Lecciones de un hipócrita

“Un nombre, un sentimiento”.

Carlos Hernández.

“...que no te den la razón los espejos, ...

Que no te compren por menos de nada,
que no te vendan amor sin espinas, ...”

Joaquín Sabina, Chavela Vargas.

Tengo la gran certeza de que algún día mis palabras llegarán a ti, como los susurros del viento a través del tiempo, como la melancolía ante el llanto del día gris, como la distorsión de un recuerdo ajeno que va de boca en boca, como la nostalgia incomprensible ante una dicha indescriptible, la voz de un fantasma que habita en sueños profundos, la cita de un pensamiento conmovedor de un autor cuyo nombre es fácil de olvidar, un poema anónimo, un libro cuya dedicatoria no es correspondida, puesto que lamentablemente desconozco si alguna vez te percataste de mi ser, durante aquellos breves momentos en que con ingenuidad me esmeraba porque lo hicieras, sin embargo, nunca existió culpable alguno más que yo.

Me miento día a día, con una dosis de pensamientos recetados para controlar, satisfacer, mi obsesión por ti, mas en realidad, siempre han sido estimuladores de ego. La realidad demuestra con trazos firmes el egoísmo que impera en mí y que sin lugar a dudas, me manipulará durante todo mi existir. Te he buscado con ingenuidad, sabiendo que nunca seré capaz de encontrarte. Te he dedicado falsamente la mayor y mejor parte de mi primer obra, siendo notable mi incapacidad por describirte, terminando siempre en el destacable e indecoroso fracaso de detallarte a través de mí. Sin embargo, te imploro no juzgues a mi ser, dado que tal nunca fue mi intención, tan solo es un claro reflejo de la inseguridad que me domina en el momento en que intento emprender grandes odiseas. El irrefutable hecho que demuestra mi cobardía ante el inevitable fracaso de aprisionar tu sutil inmensidad en la dudable eternidad de mis palabras.

Pretendía estallar, colapsar, mis pasiones con el fin de que tu mirar, me presenciara, mas me percate que tu mundo a diferencia del mio, está altamente iluminado. Deseaba arder, expedir llamaradas que te acariciasen con ternura, mas mis fatuas flamas oníricas nunca se compararon con los abrazadores, vividos fulgores de tu universo. Pretendía con egoísmo y miserable gallardía te percatases de mí, cuando nunca me esmere por conocerse, mas consideré haberlo siempre hecho. Pretendí detallarte a través de mis sentimientos, puesto que para mí siempre has sido uno.

Te ofrezco una disculpa y a fin de enmendar por poco que sea, mis graves, drásticos errores, te comparto, como siempre me he esmerado en hacer mas nunca he logrado, lo mejor de mí, te comparto las lecciones que he heredado y engendrado.

Si no deseas despertar al soñador, ten presente que las pesadillas pueden llegar a ser más grotesca que la realidad.

Permite que solo la luna y la soledad sean testigos y consoladores de tu llanto.

Que nunca te compren por menos de nada.

Que los espejos nunca te den la razón.

Que la música sea tu única, verdadera droga.

No escuches las palabras de los muertos en compañía, respeta su memoria, respeta a los vivos.

No muestres con facilidad tú corazón, es fácil de herir y casi imposible de sanar.

El silencio es un gran mentor más siempre exige la lealtad de callar.

Utiliza con sabiduría el rifle del olvido, después de todo, no todos merecen morir.

La soledad es un derecho mas no todos están en la capacidad de exigirlo.

No esclavices emociones en palabras, sentimientos en metáforas, ellos también tienen derecho a vivir.

Comparte el dolor, es un verdadero signo de amor.

No permitas que nadie haga garabatos, atrocidades en tu cuaderno de ilusiones.

Sueña, puesto que cualquiera es capaz de vivir.

En tus pensamientos traza de vez en cuando una sátira de tu vida.

La vida es un inmenso libro repleto de contextos y se torna una labor imposible comprenderlos todos.

La tristeza es el mejor amante de el arte.

No toda las enfermedades son perceptibles.

La mayoría de las cosas, no son como nuestros ojos dicen.

La llamada

"... Incluso en estos tiempos
de aprender a vivir sin esperarte,
todos los días tengo recaídas
y aunque quiera olvidar no se me olvida
que no puedo olvidarte..."

Joaquín Sabina.

Despierto, ávido, abrumado, horrorizado, en la cuna de la oscurecida madrugada, teniendo que afrontar una dañina, bestial pesadilla, mientras ella se adornaba de arrogancias, murmurando, susurrando hirientes y seductores agravios, que incitaban a la consumación del dolor, a través de la progresiva, acelerada abolición de la negación total, propiciando la culpabilidad del todo. Vociferando bajo su manto de sombras, mortales verdades que descorazonan, hieren, lastiman y despojan de toda inocencia al amable e iluso sueño. Usurpando, pulverizando toda su esencia, marchitando su existencia, esfumando los bálsamos de su tierno aroma, emanado pestilencias de remordimientos, espigas de rencores, podredumbres de desprecios, haciendo de su propio reflejo un miserable retrato más del mendigo de compasiones. Cincelando palabra a palabra presuntuosos matices negros sobre los lugares en los que existían apasionantes carmesís, nostálgicos celestes, sanadores violetas, prometedores dorados, reconfortantes verdes y esperanzadoras purezas. Blasfemando, recitando el monólogo que condena al ser a las perpetuas tinieblas, aceptando, resarciento, contribuyendo con las pocas líneas que hacen de aquello el diálogo del justo condenado, el digno culpable, complementando ante la pausa debida, otorgada, ante el ensordecedor, silencio en mis pensamientos, recitando en ensordecedores alaridos, mis culpas, mis fallas, mi mediocridad.

Despierto, en la cumbre de la madrugada, aprisionado en la habitación de los falsos lamentos, mi ser comienza a arder al presenciar, sentir sus tinieblas, mientras sus ojos comienzan a desbordar ardientes y espesas lágrimas, que en lugar de sanar heridas terminan por quemar,

incinerar cualquier manto dejando al ser desnudo ante las brazas. Compartiendo llanto con el mundo, percibiendo cuan lejano, distante, diferente es; puesto que sus lagrimas terminan por coagularse en indiferentes y cálidos pedazos de hielo, mientras que las de mi ser por su fervor terminan por ser tan solo un recuerdo que se evapora, sufrimientos que solo son añorados por quienes lo sintieron; las lágrimas del mundo abrazan con fuerza a la existencia y desean su compañía perdure lo mayormente posible, por otro lado, las de mi ser, inertes ante la confusión, tan solo se atreven a apreciarla con devoción mientras ella transita en su misma senda, en sentido contrario, sin cuidado, sin consciencia de sus presencias, suscitando su efímero encuentro. El mundo llora por desear existir y mi ser por dejar de hacerlo, mas la realidad es inversa pese a no ser percibida.

Despierto, sumergido en la oscuridad, martirizado por la madrugada. Mi ser escudriña con avidez, desesperación, los recuerdos, con la víspera opaca de encontrar las pruebas necesarias que lo exonere de su inmutable, incompatibles, mortal juicio; mas lo poco que logra recaudar, le es arrebatado con desprecio por medio de argumentos irrefutables ante la inseguridad. Manifestando lo carentes de valor que son. Exhibiéndolas como palpables muestras de decadencia, en donde es esclarecedor el engaño al propio ser con el único objetivo de lograr el éxtasis de la felicidad. Mostrándome como un inmundo, miserable, enfermo, adicto a la dicha, que se mutila con ilusiones, un compulsivo, que de manera inconsciente le resulta necesario, vital, sentir, complacerse, con el sufrimiento, el dolor, único medio por el cual es capaz de gozar el placer de sentirse vivo. Luciéndome como un espécimen único en el escaparate de la normalidad. Luciendo su más asombrosa bestia, su numero estelar del vaudeville, como el depravado que intoxica el mundo con su podredumbre, una bestia digna de escarnios, de atrocidades, un culpable digno de torturas. La madrugada me tortura, con crueles verdades que ante la percepción de la magnitud, la inmensidad, longevidad del suplicio supremo, mi ser replica con resonantes gritos que intentan enmudecer, al silencio, tratando de iluminar las penumbras. Siendo ayudado por los desgarradores lamentos del mundo. Ambos lanzando con fuerza desmedida centellas de consoladoras, anestésicas esperanzas, mas nuestros intentos son vanos, vacuos, al solo acrecentar la tormenta.

Despierto, en la madrugada, incapaz de dormir, agobiado por las realidades que degüellan a las ilusiones. Lucho por controlar la situación, mas llegado el momento, en que el dolor es insoportable y la madrugada a punto está de dictaminar su veredicto, tomo, impulsado por el horror de sumergirme en el abismo, sin meditación, sin siquiera percatarme, el

auricular del teléfono. Mis dedos desenfrenados, turbios, ávidos, entonan el baile de un numero, mientras mis parpados esconden a mis sensibles e indefensos ojos del satírico rostro de la madrugada, de su lasciva mirada y preponderante sonrisa. Llegado el momento, en que el vacío es abominable, quebrantado, comienzo a hablarle. Mediante murmullos, susurros que el silencio y la incompetencia, pretenden callar, lográndolo por momentos, le confieso la magnificencia de su ser, el cuanto la amo, le deseo, le necesito. Le muestro, menciono, sus encantadores defectos sublimados que la revisten, adornan, de manera perfecta, haciéndola tan real, conquistadora de soñadores, seduciéndolos a vivir. Le cuento su historia que desconoce, la que es narrada por otros ojos, ofreciéndole disculpas, declarándome culpable solo ante ella, por mi arrogancia, mi egoísmo, por el seguir deseando encadenarla a mi ser, esclavizarla en mi vida.

Despierto llegado el alba, y con deprimente felicidad recibo al día, al apreciar el teléfono con el falso orgullo de haberlo asesinado, previniendo que todo sucediera.

Oda a una alegría imposible

Tuve un sueño:

Era un día de otoñal primavera,
las alegrías desprendidas por febles vientos
de melancolía, caían,
sin prisa, sin demora.

Frágiles, vacilaban en las alturas,
tratando de prolongar sus vidas,
sin esmero, sin empeño,
jugando, bailando con las corrientes el vals del momento.
Disfrutando, sin remordimiento el haber descendido.

Tuve un sueño:

A las orillas me situaba del mar de la nostalgia,
contemplando como el triste cielo de niebla se vestía.
Apreciando, sin culpa, ni pena.
Disfrutando que aquello sucediera,
puesto que, para el iluso resulta lindo ver el paraíso de cerca.

Tuve un sueño:

Los grises suburbios callaban,
las estrellas ante la noche no brillaban,
los diarios no eran comprados,
las personas se habían desilusionado.
Las mentiras, ya no eran creídas,
los buenos augurios eran despreciados,
mas los pobres ingenuos carecían de miseria,
ellos las esperanzas regalaban.

Tuve un sueño:

Me encontraba ante un teléfono público,

de él colgaba un gran letrero,

el confesionario se hacía llamar la vía.

Pronto descubrí,

al escuchar conversaciones ajenas,

que el auricular no funcionaba,

ello me sorprendió, puesto que el que habla no es escuchado

y sin embargo,

había una enorme fila.

Tuve un sueño:

Me encontraba inmerso ante una prueba,

un simple cuestionario,

compuesto de una pregunta compleja.

En ella se me pedía que me definiera.

Por vez primera

me conmoví,

terror y pánico me consumían,

no por el no aprobar sino por el no tener idea de la respuesta.

Tuve un sueño:

Me encontraba apreciando el alba en compañía.

Sosegado, abrumado, extasiado
por un sentimiento que desconocía,
me vi ante la necesidad de cuestionarlo
y ante el fracaso de respuesta
alguna no haber logrado,
hube de aprisionarlo, bautizarlo.
Sin embargo,
insatisfecho por el resultado,
le pedí a mí compañía
me confesara su verdadero nombre,
el cual me guardo
por miedo a que al pronunciarlo
pudiera olvidarlo.

Un escrito más

"... lo que yo quiero, muchacha de ojos tristes,
es que mueras por mí.

Y morirme contigo si te matas
y matarme contigo si te mueres
porque el amor cuando no muere mata
porque amores que matan nunca mueren".
Joaquín Sabina.

Sería fortuna suprema el poseerte,
enlazarte con cadena inoxidable,
inquebrantable, a mi vida;
ser uno en síntesis,
uno con el anhelo,
uno con la felicidad;
pisar el campo paradisíaco,
la tierra fértil de placidos momentos,
dejarse hipnotizar por los alucinantes aromas
de las bellas rozas de los campos elíseos,
viviendo el sueño, asesinando
sin piedad la vida.

Sería dicha incomparable que ello sucediera,
mas las cuencas de mi rosario
se han marchitado,
mis plegarias no fueron escuchas,

mi fe se ha esfumado,
como el polvo de lo inservible
en pos de la ausencia.

Sin culpables ni inocentes,
tú sin saberlo,
yo siendo incapaz de confesártelo.

Podría escudarme arguyendo
que llegué a ti en momento equivocado,
mas ello sería mentir
y de ello no quisiera ser capaz contigo.

Somos la sátira recurrente
que sirve de entretenimiento
al caprichoso azar,
al igual que cientos, miles más.

Una vez más realizo otro escrito
con la devoción de lograr la obra maestra:
la que capture la única mirada que me interesa,
la que sea capaz de contarte
la inmensidad de mis sentimientos,
la que sea un reflejo de tu ser.

Realizo un escrito más
convenciéndome que llegaré a ti,
mas nunca soy capaz de definir
qué es lo que quiero lograr.

La nota del silencio

De nuevo mis pies encontraron sus pasos
en sendas de abundante prosperidad,
guiados por el solar vacuo
que emana taciturno,
sutil, inocente,
de una tierna, jubilosa, recién nacida esperanza.

De nuevo mi voluntad se vio
alimentada, nutrida
por una cándida, bondadosa
ilusión.

De nuevo mis bestias fueron domadas,
adormecidas, hipnotizadas
por las placidas, hermosas melodías
que trazaban, en sus consoladores líricas,
celestiales paisajes,
de matices con fulgores cegadores.

De nuevo la vida vivía,
respiraba, gemía,
con ayuda de lo artificial.

De nuevo el tiempo
regía al día,
privándolo de gratos
e inconcebibles momentos;
protegiéndolo, tratando
evitar fuera malpreciado.

De nuevo el tiempo
por el día, se preocupaba,
se desvivía.

De nuevo el día cobraba su importancia,
de nuevo su compañía resultaba grata,
de nuevo teníamos algo en que jugar.

De nuevo brotaban los planes,
floreciendo ante el ardor
de las desesperaciones,
como oraciones al pensamiento,
previas al descanso,
que abruman, engendran miedo;
mas la satisfacción de la importancia
arrulla con cuidado,

con cariño al preso
de las insignificancias,
abusando de su ingenuidad,
meciéndolo, mientras
el otro habla y el escucha,
Donde el narrador del cuento
cesa ante el sueño,
sin siquiera preocuparse por el final.

De nuevo los mundos surgían
ante los pestañeos,
los cansancios ante los bostezos,
las satisfacciones
ante los dolores,
las angustias ante los fracasos,
las complacencias, insatisfechas
ante los efímeros logros.

Recorrí, con suma prisa,
las sendas de las aves
cuyos cantares son el bálsamo
adictivo que cura pesares,
sufrimientos, soledades.

Recorrí a galope de
emociones, con desenfreno,
maravillado con cada pasaje,
tratando de aprender,
comprender incluso hasta
la lección de lo indebido.

Recorrí con fuerza
de viento de tormenta,
los caminos,
imitando con ahínco
los cantares de las
míticas, gloriosas aves.
Con la sublime convicción
de poder lograr obtener
aquello que me acercase,
permitiese siquiera
acariciar la dicha suprema.

Recorrí las sendas
de los ritmos,
con la víspera

de concebir el mío,
sin percatarme
que eran los caminos
de un dédalo sin salida,
que desemboca en un solo lugar,
con una sola leyenda:
"Las notas emanan de la voz".

De nuevo la vida
en coma caía.
De nuevo imperaba
la melancolía.
De nuevo aparecía
la neblina.
El tiempo callaba,
De nuevo el día era una indeseada compañía.

Recorrí en vano
las sendas del ritmo,
jamás podre cantar,
mi voz siempre calla,
la nota del silencio
es la única que emana.

Persona

"... A ti te estoy hablando, a ti, que nunca sigues mis consejos,
a ti te estoy gritando, a ti, que estás metido en mi pellejo,
a ti que estás llorando ahí, al otro lado del espejo, ..."

Joaquín Sabina.

El reloj marca la hora del alba.

La temeraria vida, sentada

exclama, exige

con gritos resonantes

el inicio de la obra.

La necesidad me alienta,

el ego pretende inspirarme,

la razón aspira a consolarme,

mas la indiferencia

a lo inevitable es en realidad

quien me obliga
a sobre la tarima postrarme.

El reloj marca el momento,
las condolencias de los pensamientos,
me visten con el traje.

La inhóspita vida reclama
a unos de sus mejores bufones,
al personaje que ni siquiera
es protagonista de su ridícula trama,
el que tiene más debajo
de un papel secundario,
y sin embargo,
algunos se empedernecen
en argüir que es necesario.

Los actos se suscitan
con monotonía, sin sorpresa,
como los diálogos de un parlamento cíclico.

Las horas pasan lentas,
mas algunas,

por lo mecánico del autómata,
corren con gran prisa,
sin ser percibidas
por la pupila de la conciencia.

El reloj marca la hora de la luna,
la función termina,
tras la bambalina
aprecio la inmensa penumbra.
La ausencia de los reflectores
me alienta,
en silencio hago un recuento
de lo acontecido
y solo, bajo murmullos,
recito las líneas que
me hubiese gustado haber dicho.

Solo, cubierto por el velo
blanquizo de la luna,
me desvisto en mi camerino,
sin despojarme de la máscara,
lloro, gimo.
Pregonando por la impotencia

de no poder ser yo mismo,
es cuando la máscara susurra a mi oído,
manifestando que es tarde
para el remordimiento,
que ya no hay lugar para el retorno,
que el ser no es un deseo
sino una condena.

Habiendo la máscara,
proclamado sus palabras,
cautivo en un diluvio de lágrimas,
la desprendo de mi rostro,
mis ojos en el reflejo
del espejo aprecian
a un desconocido,
y fatigados, asqueados
por la imagen depresiva
que implora autocompasión,
se desvían, enfocan en el verdadero,
y mis labios citan:

Ahora comprendo tu carisma,
porqué entretienes,

aburres,
sorprendes,
lastimas,
siempre dices lo debido,
lo correcto.

Llueve sobre mojado

"... bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla,
llueve sobre mojado..."

Fito Páez, Joaquín Sabina.

La fiesta cansada de festejos,
ha decidido cerrar la puerta de su casa,
mas en mi cabeza aún celebra
una vieja resaca
de pensamientos adictos, enfermos,
de cristales de melancolía,
que intiman con memorias
desconocedoras de pudores,

profanas de respetos,
deseosas, desesperadas
por ser poseídas
por la alegría que engendra
el placer del pecado,
princesas que se olvidan de la amarga vida,
prefiriendo habitar los dulces sueños.

Una resaca cínica, insolente,
que sin culpas ni sensatez,
pide otro trago,
afirmando que nada ha terminado
sino todo recién ha comenzado.

La fiesta desolada en su cuarto,
llora porque la costumbre se perdió,
mientras la resaca ríe a carcajadas,
en los ríos de calles oscuras,
celebrando que al fin el cambio sucedió.

Sufriendo ambas:
una por nostalgia
la otra por ignorancia.

Lo comprendo ahora todo
que estoy del otro lado,
bañado entre confetis de colores grises,
polvo de lo olvidado,
con serpentinas tristes,
que adornan al difunto del luto,
ahora que los buenos deseos se escuchan tan lejanos,
enmudecidos por la música del silencio,
ahora que por fin entiendo
lo que me dijeron,
lo que me avisaron,
lo que pasará cuando el recuerdo sea enterrado,
cuando llueve sobre mojado.

Dual

Desde la penumbra del vacío
se escucha sus bramidos,
su voz.

En los páramos desérticos se encuentra,
sus palabras son mudas,
y solo hieren a quien las escucha.

Postrado como un monumento
a la espera del momento
en que sea venerado,
espera sin paciencia,
inerte, con desespero,
impotencia,
conociendo lo indeseado de su presencia,
mas por lealtad y de más motivos
que guarda, priva, protege
tras una verdad vestida de mentira,
atestigua,
el solo cumple con su mandato,
respondiendo, atendiendo a su llamado.

Desde el fondo brilla,
irradia, ilumina,
trayendo su figura solo malos recuerdos
que devela toda creencia, testamento,

desterrando, eliminando al sujeto,
dejando
un maniquí sin sentimientos
con mirada fija en la abrumadora,
prepotente nada que se hace llamar porvenir.

Ahí se encuentra,
en las tierras baldías
del pensamiento,
el hito que profetiza una nueva vida,
una religión que envía
su palabra a través del viento,
lecciones que comparte el silencio,
verdades no aceptadas
por tormentosos lamentos.

Ahí se encuentra,
en el limbo de la nada,
la estatua oxidada
de un hombre desconocido,
que irrita, agobia, frustra
al solo ofrecer su cara inexpresiva,
al callar cuando se le exige una respuesta,

al hablar cuando se le cree olvidado.

Ahí se encuentra,
el vestigio de la guerra eterna,
tratando de negociar una tregua,
sin embargo, sé que si firmo
el universo se verá extinguido.

No hay salida,
todo está perdido,
este es el precio,
lo que merezco por desear compañía,
ahora el solo reclama su derecho
a la mía.

Ahí está,
al otra lado,
desolado,
el otro,
el mismo,
el dual,
el espejo.

Pesadilla ajena

“Tu fui ego eris”.

Silent Hill.

Su sombra,

distante, lejana,

extraña, semejante, cercana,

de brizas tristes,

que abraza mientras quema,

habla mientras calla,

diciendo todo en la nada,

manifestando sentimientos sin palabras,

con tan solo una mirada,

mirada fúnebre, cansada,

que muestra una vida,

alegre, triste, corta y larga,

una mirada que engaña,

que todo lo niega,

todo lo esconde,

todo lo guarda,

una mirada que poco se aprecia,
mas siempre es sentida.

Su sombra,
de misterios, lecciones, verdades,
fuerte, inquebrantable,
que en su presencia engendra una notable ausencia,
que en su ausencia concibe un doloroso recuerdo de melancolía.

Su sombra
me ha enseñado sin siquiera notarlo,
a comprender algo
de lo incomprensible:
que el entendimiento no precede al amor,
que este puede vivir sin el otro;
que incluso en la cercanía
puede residir un profundo hoyo de lejanía;
que cada primer cita con el dolor egoísta
es inolvidable,
que ante cada encuentro siempre tendrá el esmero
por ser insoportable.

Su sombra me ha revelado

la pesadilla
que puede llegar a ser la vida
cuando se sabe
se tiene que sepultar al futuro,
cuando atormenta el pensar:
qué será de éste,
si uno primero se ha de marchar.

El verdugo que condenado está a condenar

Susurran, murmuran, conversan
aún sus tímidos, inermes, austeros pensamientos,
en la ocre mazmorra
que fuese su morada postrera.

Debaten, se insultan, hieren, lastiman
su deseo y razón,
pese a conocer
que no existe victoria

en su exhausta contienda
por dominar el porvenir.

Su sombra continua
resguardándose en las cálidas penumbras,
abrazando el cuerpo
del vacío.

Su ser posee falso vigor.
Sus palabras son una cortesía,
su silencio sus sentimientos.

Por la senda aún camina,
sin fines,
sin aspiraciones,
remitiéndose a pagar
su condena,
remitiéndose a hacer
lo que de él esperan.

Los ecos de sus pasos
aún cantan sus tristezas,
las huellas de sus remordimientos

aún queman,
sus suspiros aún se mantienen fríos.

Por la senda se aprecia la silueta,
del hombre que siempre fue niño,
de aquel que al recién haber nacido
le reclamó por fámulo el destino,
del lacerado mendigo
de imposible venias,
del que intenta consolar sus penas
con el olvido,
del reprimido, que amedrantado
esconde sus emociones tras su piel,
el sufrido,
que se atormenta por haber existido,
por desterrar y exiliar felicidades
en los dominios de sus queridos.

Por la senda se le ve
al verdugo gemebundo,
que llegado el tiempo de fenecer,
le será recordado
tan solo por lo que fue,

enterrando consigo,
los arcanos motivos
de su longevo
y mudo padecer.

Cuervos

De nuevo ante mí se presentan,

mas sus presencias no se asemejan
al retrato que plasmó su recuerdo.

Se muestran
serenos, apacibles, cansados,
como una nube densa, espesa,
fatigada de navegar por el mar celestial,
desalentada, desesperanzada,
inmóvil, extenuada.

Una insignificancia,
que es guiada
por mareas de ostentosa fuerza,
una balsa que transita, naufraga,
en los extensos desiertos de la infelicidad,
una nube negra que repasa
las bitácoras memorizadas
de sus pensamientos,
con falso interés de encontrar la letanía
capaz de invocar la tormenta
que le disuelva,
le una, enlace
con su paraíso llamado tierra.

Se postran ante mí con humildad,

y a ella respondo,
han perdido su hostilidad,
las sombras que les visten
han perdido brillo,
se muestran difusas, opacas,
el vacío de sus ojos ya no amenaza,
sus cantos no emanan tormentos.

Sus vistas coaguladas
se protegen en la nada,
liberando su carmesí, espeso,
cálido llanto,
sin embargo,
pese a compartir tantas vidas,
no comprendo la causa
de sus quebrantos.

Sus presencias
me traen nostalgia,
dan vida al doloroso recuerdo,
de aquel día
en que desolado entré en su casa,
en que agobiado invadí su santuario.

De mi ser parecieran no querer nutrirse,
creo les he intoxicado con mi podredumbre,
mas aun me esmero por cuidarles,
me esfuerzo porque no mueran,
puesto que,
son lo único que me quedan.

Tan solo otro más

Soy tan sólo alguien más,
otro mártir, pobre ingenuo,
que se atribuyó por ignorancia
el propósito de grandes conquistas
y que al siquiera pensarlo
termino por ser conquistado.

Otro misero iluso,
que ante la decepción

que asesinó,
torturó,
violó,
sus aspiraciones,
inspirado por su propia compasión,
concibió devaneos,
que le permitiesen convivir con sus fantasmas.

Otro soñador convaleciente por desgracias,
que perdió su facultad de vivir,
otro más que encontró vida en sus sueños,
sus querellas en pesadillas.

Alguien más
que ante su incompetencia,
su cobardía,
solo simula,
solo imita,
solo emula.

Otro más que ha callado,
alguien más que encuentra en el silencio
el consuelo y el tormento.

Tan solo uno más
que con esperanzas
subió con suma prisa
la impetuosa escalera
de la superioridad,
y preso de su cansancio,
notó que tras cada paso
se hundía más en su mediocridad.

Uno más,
que se avergüenza de sus falsas,
humillantes virtudes.
Otro que se pierde
tras querer encontrarse,
tan sólo alguien
que termina por saber que no existe.
Otra ceniza de olvido
que murió sin siquiera haber vivido,
y que en su efímera existencia
anheló ser profundo suspiro
de la eternidad.

Soy otro más,
que le ha perdido el respeto a la vida,
alguien que malgasta su tiempo,
con vísperas de un deseo
que nunca ha de ser realidad.

Solo alguien más
que se embriaga con las tinieblas
de su soledad,
y que con repudio,
culpa, remordimiento,
hastío,
pretende consolar su llanto,
compadeciéndose, afirmando:
soy tan solo otro más.